

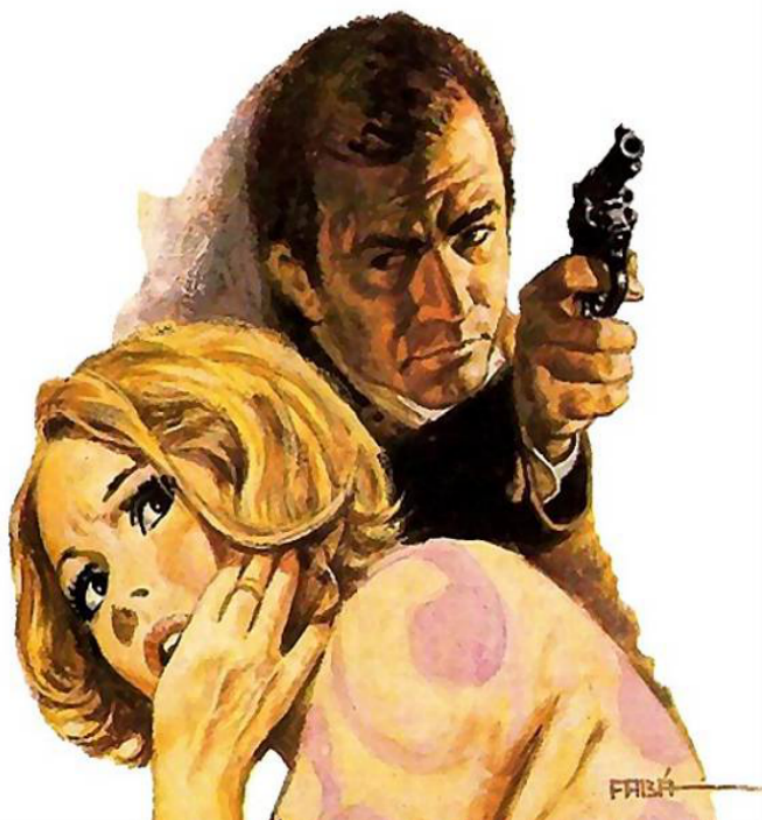
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

INVULNERABLE

Curtis Garland





SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

INVULNERABLE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.627

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

Colección SERVICIO SECRETO:

1.621 - Viento demencial.

Colección PUNTO ROJO:

1.009 - Damas, whisky y sangre.

Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

ISBN 84 02 02513 7

Depósito legal: B. 27.337-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1981

© Curtis Garland - 1981

texto

© S. Fabá -1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Ralph Davis?

—Sí.

—¿Su pasaporte, por favor?

—Por supuesto. Aquí lo tiene.

La mano del funcionario de policía tomó el documento. Lo abrió. Examinó la fotografía y miró al hombre que se lo había entregado.

—Norteamericano, ¿eh? —comentó—. Del mismo Nueva York.

—Eso es —asintió de mala gana el aludido—. ¿Satisfecho, señor?

—Sí, es suficiente, gracias —y ante la sorpresa del propietario, en vez de devolver a éste el pasaporte, lo pasó a otro agente uniformado que había tras él.

—Un momento —exigió el americano—. Ese pasaporte... No puede retenerlo. Está en regla. Es mío, señor.

—Un detenido no necesita pasaporte —dijo fríamente el oficial de policía, asestando súbitamente su pistola automática contra el americano—. Está arrestado.

—¿Arrestado? —se asombró el llamado Ralph Davis—. ¿Por qué? ¿De qué se me acusa? —De momento, sospechoso de espionaje en territorio nacional.

—¿Espionaje? ¿Yo? —protestó vivamente el ciudadano de los Estados Unidos, mirando con estupor e indignación al policía—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Eso lo dictaminarán los jueces en su día, señor Davis —sonrió afablemente el oficial de Seguridad—. Será mejor que no ponga resistencia. Tenemos órdenes de disparar a matar sobre cualquier extranjero que intente resistir una detención o evadirse. Es cuestión de seguridad nacional.

—¡Esto es un abuso! ¡Soy periodista, no tiene el menor derecho a arrestarme! ¡Esa acusación de espionaje es ridícula!

—Señor Davis, no está usted en su país, sino en el mío —le advirtió suave pero fríamente el policía—. Nuestras leyes están muy claras: toda persona sospechosa de espionaje, sabotaje o actividades contrarias a la seguridad del Estado, es de inmediato arrestada, incomunicada hasta el proceso sumario por la jurisdicción militar correspondiente, y la sentencia se cumple de inmediato, es absolutoria o condenatoria. De modo que si no tiene nada que temer respecto a su posible culpabilidad, esté tranquilo. No le pasará nada y podrá abandonar este país dentro de dos o tres días lo más tardar, en cuanto le sea devuelto su pasaporte tras la sentencia absolutoria. Es cuanto puedo decirle.

—No siempre los inocentes son absueltos —replicó duramente Davis—. Sobre todo, en países totalitarios o sometidos a la justicia militar.

—No pienso discutir eso con usted. Tengo otras cosas mucho más importantes que hacer. Ahora haga el favor de seguirnos sin más objeciones. Es usted un extranjero acusado de un delito que aquí se paga con la pena de muerte, no lo olvide. No vamos a ser blandos ni amables con usted, en tanto no pruebe su inocencia, puede estar seguro.

—Son ustedes quienes han de demostrar primero mi culpabilidad, señor. No se puede arrestar a nadie con tan graves cargos sin antes estar totalmente seguros y disponer de pruebas suficientes para ello.

El oficial de la policía nativa sonrió con frialdad, mientras los agentes de la policía militar, uniformados de color verde claro, se situaban formando cerco en torno del norteamericano. Su negro rostro se iluminó con una especie de malévola astucia mientras clavaba los ojos enrojecidos en el detenido.

—Eso será en su democracia americana, señor Davis —comentó secamente—. Está usted un poco lejos de su país ahora. Las normas que aplica nuestro jefe de Seguridad, el coronel Bokkamu, son aquí las únicas válidas. En marcha.

Emprendieron el camino, desde el hotel a un coche militar donde se hallaban sentados otros dos soldados provistos de fusiles ametralladores de moderna factura, además del conductor del vehículo, también uniformado. Las calles céntricas de la capital del Estado africano donde Ralph Davis acababa de ser arrestado bajo la

gravísima acusación de espionaje contra el Gobierno militar y la seguridad del país, aparecían extrañamente desiertas tras el reciente golpe de Estado que había implantado la férrea dictadura presidencialista del general Kaluma y el baño de sangre que enrojecía la dolorida geografía africana de aquel país, cuya democracia había sido tan poco duradera como inestable.

Ralph Davis, corresponsal norteamericano en el Estado de Zambia, se acomodó detrás, en uno de los dos bancos longitudinales que ocupaban la cabina posterior del coche, con un soldado armado a cada lado, enfilándole con su metralleta, y oíros tres enfrente, mirándole con sus redondos ojos destacando en el negro rostro, bajo las gorras verdes de visera de su uniforme militar.

El coche arrancó, tras ser cerrada su metálica puerta con un ruido seco. Rodó por las calles desiertas, por las que patrullaban numerosos grupos de soldadesca armada, tanquetas y *jeeps cargados de tropa arma en ristre. Algunos edificios ardían, en especial la Embajada de los Estados Unidos, recientemente asaltada por una turba que rodeaba aún amenazadoramente el edificio, exhibiendo monigotes colgados, con la efigie del Presidente, y las banderas norteamericanas desgarradas o chamuscadas, mientras por las calles adyacentes aullaban sirenas de ambulancias y bomberos, entre algún aislado crepitar de disparos, intercambiados sin duda entre tropas del general golpista y los escasos leales al régimen anterior que aún resistían en algunos reductos de la capital.*

Ralph Davis contempló sombríamente cómo el Hotel Internacional, situado en la zona más céntrica y comercial de la ciudad, anteriormente tranquila, apacible y en creciente progreso económico, se perdía en la distancia, cercado por vehículos militares y carros blindados que, pretextando proteger a los turistas extranjeros, lo que hacían era impedir la salida de éstos hacia sus países de origen, hasta depurar adecuadamente a los mismos, conforme a los dictados de las severas normas dictatoriales del general Kaluma.

Las ventanas enrejadas del vehículo, la presencia de hoscos soldados en torno suyo, la pérdida de su pasaporte y la amenaza latente de una acusación que llevaba consigo la pena capital y la sumarísima ejecución del reo hallado culpable, eran como losas de plomo que fueran cayendo implacablemente sobre el joven

corresponsal de la agencia de noticias norteamericana *Internews*, a medida que la distancia le iba separando de las confortables dependencias del hotel edificado a la más moderna usanza occidental, y la inexorable, sombría vecindad de una oscura celda, en alguna cárcel del Estado, a la espera de un juicio que temía espeluznante y demencial.

Ahora, nadie podía hacer nada por él. Las comunicaciones con el exterior estaban cortadas, las fronteras con sus vecinos africanos bloqueadas por el Ejército, y su único eslabón con la libertad, su Embajada, era pasto de las llamas, mientras los funcionarios de los Estados Unidos eran arrestados bajo pintorescas acusaciones de espionaje o de significar un peligro para la independencia del Estado de Zambwana.

Sólo una hora más tarde, Ralph Davis, ciudadano norteamericano, acreditado como reportero de prensa enviado especialmente al país africano en corresponsalía oficial, era desnudado humillantemente por funcionarios de charolada piel, risas despectivas y bromas en su ininteligible lengua nativa, registrado hasta la raíz de sus cabellos, fichado como un delincuente vulgar, y tras uniformarle con un pantalón y un blusón de color crudo, con un distintivo de prisionero y un número impresos gurdamente en la tela, conducido a una húmeda y calurosa celda de los sótanos del Palacio de Justicia de Zambwana, totalmente solo y aislado de cualquier otro prisionero existente allí.

Se le despojó previamente de todo, y Ralph estuvo seguro que, fuese cual fuese su futuro destino en manos de aquella gente, difícilmente le reintegrarían el reloj cronómetro de pulsera, su pluma estilográfica y bolígrafo de oro o su costosa y moderna cámara filmadora, que había visto pasarse de uno a otro, para terminar en manos de, los oficiales y funcionarios de la prisión.

Al anoecer, le fue llevado un plato de lata con una comida infecta, una jarra con agua y un documento que se negó a firmar, pero del que le dejaron una copia. Estaba escrito en pésimo inglés, pero dedujo que era una notificación de procesamiento sumarásimos bajo la jurisdicción militar, «por delito probado de espionaje y actividades contra la seguridad del Estado soberano de Zambwana», delitos por los que se pedía para él por el fiscal de la Junta Militar de Gobierno la pena de muerte.

—No importa que firme o no la conformidad a esa notificación, señor Davis —le dijo el funcionario de prisiones al retirarse—. Mañana por la mañana será conducido ante el Consejo de Guerra. ¿Y sabe una cosa? Hoy han sido juzgados por ese mismo delito veintidós acusados, quince de ellos extranjeros y siete nativos. Se han dictado ya veintiuna penas de muerte y una sentencia de veinte años de trabajos forzados. Como verá, no existen muchas esperanzas para usted...

Riendo, se alejó por el lóbrego corredor, dejándole solo con su desesperación y su escaso optimismo depara al inmediato futuro. Sabía la clase de juicios que acostumbraban a ser esos procesamientos sumarísimos, tras una rebelión militar y un gobierno de emergencia en países como aquél. No podía esperar gran cosa de su porvenir.

Y se fue haciendo a la idea de morir en las próximas horas ante un pelotón de ejecución, porque era la única idea factible en esos momentos.

Todo ocurrió como él esperaba.

Su comparecencia, fuertemente escoltado, ante un tribunal militar de emergencia, compuesto por dos comandantes y un teniente coronel, todos ellos de uniforme, de rostros oscuros y hostiles, no pasó de ser una simple farsa. No existía otro defensor que él mismo, ante un fiscal militar, con graduación de capitán de artillería, y los miembros del Consejo le escucharon con la expresión herética de quien asiste por simple rutina a un trámite tan molesto como inútil.

Terminado el «juicio», deliberaron entre sí en voz baja los tres jueces militares, no más allá de dos o tres minutos. Al final de ese intercambio de impresiones, el presidente del tribunal se limitó a golpear con la culata de su revólver sobre la mesa, manifestando en pésimo inglés al acusado:

—Este tribunal, en nombre de la justicia del Estado de Zambwana y conforme a las leyes sumarísimas promulgadas por su jefe de Estado, el general Kaluma, ha escuchado las alegaciones del acusado, el ciudadano norteamericano Ralph Davis, de profesión periodista, y ha llegado a la conclusión de que el acusado es culpable de los cargos de espionaje y actividades subversivas contra la Seguridad del Estado que se le imputan, por lo que, de acuerdo

con la ley marcial en vigor en este país, y por su condición de agente imperialista extranjero en nuestra tierra, es condenado a morir fusilado en las próximas horas. Se levanta la sesión.

—¡Esto es una cobardía y una infamia! —rugió Ralph cuando ya le sujetaban los dos soldados de escolta en aquel sórdido y vacío recinto de muros desnudos, banquetas y la sola luz del amanecer asomando por unas angostas ventanas—. ¡Este tribunal es una farsa, el proceso es ilegal y lo que van a cometer conmigo, un frío asesinato! ¡Exijo que se informe a mi país de mi detención y se me procese legalmente con todas las normas jurídicas de un país civilizado!

Los soldados negros tiraron de él mientras los jefes militares abandonaban el recinto sin prestarle la menor atención. Ralph forcejeó con sus captores, clamando con voz potente:

—¡Asesinos, rufianes! ¡Esto no es un país civilizado, no es un Estado de derecho, sino una pandilla de cobardes y de bandidos haciéndose con el poder y asesinando a los inocentes!

Un soldado le pegó un culatazo, derribándole en tierra. Creyó que allí mismo sería rematado, cuando un fusil ametrallador le encañonó a quemarropa sobre el rostro. Pero el soldado que lo hacía se limitó a pegarle un brutal golpe con el cañón del arma en la cabeza. Notó que se le abría una herida, que sangraba de pronto, con un vivísimo dolor en su frente... y perdió la noción de todo, hundiéndose en una profunda oscuridad, de la que deseó no salir ya nunca más.

Sin embargo, cuando volvió en sí, se encontró en otra celda, esposado, con un vendaje en torno a su cabeza, y esperando sin duda la muerte ante el pelotón de fusilamiento.

Aquéel era otro lugar, lo advirtió enseguida. Sin duda una celda de máxima seguridad, ya que los muros eran de cemento, la puerta metálica y carecía de ventanas, salvo un par de estrechas ranuras en la pared, semejantes a aspilleras. Tenía todas las trazas de encontrarse encerrado en un bunker. Del exterior no llegaba otro sonido que un zumbido prolongado, invariable que no supo a qué atribuir. Sobre él, brillaba una única bombilla amarillenta colgada del techo.

Como no tenía reloj, desconocía el tiempo que había transcurrido desde que fuera brutalmente golpeado por sus

guardianes, pero evidentemente debía de haber pasado ya un espacio de algunas horas, porque se frotó el mentón y notó su barba algo más crecida que en la farsa de su procesamiento.

De cualquier modo, no podían tardar demasiado en venir a por él para conducirlo al paredón a morir.

Evocó dolorosamente su país, las calles céntricas y populosas de Manhattan, las luces de Broadway al anochecer, el mundo que quedaba atrás y que ya nunca volvería a ver, por culpa de la brutal represión anti norteamericana en Zambwana y por haber tenido su Agencia informativa la estúpida idea de enviarle precisamente a él a aquel país centroafricano, cuando se tuvieron las primeras noticias de la tensa situación de guerra civil en la zona. Los observadores extranjeros se equivocaron fatalmente cuando predijeron que un golpe militar cruento tenía escasas posibilidades de éxito en Zambwana. Ayuda militar extranjera, asesores y especialistas de raza blanca y de determinados países, unidos a los rebeldes del general Kaluma, habían hecho que la tortilla diese una trágica vuelta inesperada y brutal. Ahora era demasiado, tarde. Kaluma tenía el poder en sus manos, era un hombre violento y sin escrúpulos, y las potencias interesadas en la estabilidad y en la política neutral y amistosa de aquel país, habían perdido toda posible opción para cambiar el panorama.

Ralph sabía que su absurdo sacrificio, a mano de los pelotones de ejecución, no era un caso aislado en aquellos momentos. Miles de nativos, civiles o militares, políticos o intelectuales, estaban siendo ejecutados por las patrullas del general dictador. Y muchos extranjeros, norteamericanos e ingleses especialmente, eran dados por desaparecidos, cuando en realidad se hallaban ya muertos o enterrados, víctimas de las Fuerzas de Seguridad del general Kaluma, las que dirigía personalmente el brutal y despiadado coronel Bokkamu, Ministro del Interior de Zambwana, nombrado por el nuevo tirano.

—Todo está perdido —susurró Ralph, golpeando con impotente ira sus manos anilladas contra la tersa y dura pared de cemento—. Y ni siquiera puedo volver a ver a Angie, a mis amigos de la Agencia, al viejo McPattern... a mi querido Nueva York...

Exasperado, se dejó caer en el único asiento de aquella fría celda hermética, esperando lo inevitable.

No tardó en llegar. Una llave y un cerrojo chirriaron tras la hoja metálica de la puerta. Ralph se estremeció, alzó la cabeza, miró hacia la entrada...

Cuatro soldados armados esperaban allí, al mando de un capitán de piel negra como el azabache y labios gruesos y colgantes, armado de un revólver de calibre 38.

—Es la hora —dijo secamente el oficial—. Vamos, americano.

—¿Ni siquiera... hay un sacerdote para acompañarme en estos momentos? —jadeó Ralph.

—No. No hay ninguno. Lo siento. El último sacerdote católico que vi con vida, estaba ante un pelotón de ejecución ayer por la mañana —rió soezmente el capitán negro—. En marcha, yanqui. No podemos perder mucho tiempo contigo. Estos días se nos amontona el trabajo.

Era escalofriante. Aquella gente realizaba su sanguinaria tarea de ejecuciones con una frialdad y carencia de sentimientos realmente inhumanas. Para ellos era como un juego.

—Está bien —Davis se dijo que aquella escoria humana no vería en él la menor señal de debilidad o de cobardía. No les daría ese placer. Se irguió, echando a andar con paso firme, dura e inexpresiva la faz—. En marcha, verdugos. Os daré poco trabajo, palabra. Yo también estoy deseando acabar con toda esta estupidez. Espero que, al menos, sepáis utilizar esos juguetes lo bastante como para darme una agonía breve. ¿Cuánto tiempo hace que dejasteis el azadón para tomar el arma fabricada en el extranjero y cuyo manejo os enseñaron expertos de piel blanca como yo de nacionalidad distinta a la mía?

Los soldados y el propio capitán le miraron con perplejidad. Este último frunció el ceño y le pegó un golpe de cañón en los riñones cuando pasó ante él.

—Te crees muy valiente y muy gracioso, ¿eh, yanqui? —comentó agriamente.

Ralph ni se inmutó, aunque le dolió el golpe. Se puso entre los cuatro soldados negros, que le contemplaban ahora con cierto respeto. Se inició la marcha hacia el exterior. El cercano zumbido aumentó en intensidad, a medida que se aproximaban a un largo corredor alumbrado con bombillas en el techo, protegidas por rejillas de metal, a la salida del recinto.

Al salir al exterior, le esperaba una sorpresa. El zumbido era casi ensordecedor ahora. Numerosas luces le deslumbraron, en comparación con la única bombilla amarillenta de su celda.

Un vasto complejo de cemento y hormigón, con grandes recipientes metálicos, se alzaba junto al edificio de cemento destinado a su prisión. En una extensión de, al menos, dos millas cuadradas, esas edificaciones, torres metálicas y luces, formaban un extraño conglomerado industrial, para un país pobre y subdesarrollado como Zambwana.

—¿Qué es eso? —preguntó Ralph, caminando hacia el lugar de fusilamiento.

—Un regalo de tus compatriotas americanos al régimen anterior, que les obedecía servilmente —rió el capitán encogiéndose de hombros—. Tuvimos graves problemas de sequía y de carencia energética durante unos años, y tus compatriotas regalaron al gobierno corrompido del Presidente Unguni esa central de energía nuclear.

—Energía nuclear... —repitió Ralph, sorprendido—. Lo ignoraba. Ahora supongo que os aprovecharéis vosotros del regalo del tío Sam, ¿no?

—Por supuesto —asintió el capitán—. Los expertos americanos que la manejan serán pronto fusilados. Otros técnicos de otro país vendrán a suplirles...

Davis se mordió el labio. Era indignante y penoso todo. Pero no estaba en su mano evitarlo. Siguió adelante. Le detuvieron ante un alto muro de cemento que formaba uno de los límites de la central de energía nuclear, cuyo zumbido resonaba en la noche.

—Quieto ahí —ordenó abruptamente el oficial—. Hemos llegado.

Ralph se estremeció al ver el muro. Largos chorros verticales de sangre seca iban a morir en el suelo, donde la tierra removida mostraba huellas visibles de charcos de sangre ya secos. Era uno de los lugares habituales para las masacres del nuevo Gobierno.

—¿Te vendamos los ojos, yanqui? —preguntó el oficial, situándole ante el pelotón.

—No —negó Davis—. Tú tal vez lo necesites cuando llegue tu hora. Yo, no.

Los fusiles ametralladores se alzaron hacia él. El capitán alzó el

revólver para empezar a dar las órdenes. La primera voz partió seca:
—¡Apunten!

CAPÍTULO II

Ralph Davis miraba fríamente ante sí, sin el más leve temblor muscular en su faz, sin una sola señal de debilidad o temor en su persona.

—¡Carguen!

Sonaron ásperamente los cerrojos de las armas, manejadas torpemente por manos recias, de negra piel, más habituadas a las herramientas agrícolas que al moderno armamento automático.

La siguiente orden marcaría el final. La esperó.

Y súbitamente, el zumbido de la fábrica energética movida por el uranio enriquecido de sus pilas nucleares, no fue nada. Se borró, bajo el estruendo ensordecedor de una serie de motores estruendosos, resonando allá en las alturas.

Las luces de varios aviones de combate, en vuelo rasante, centellearon en el negro cielo nuboso africano. La oscuridad nocturna se llenó de fogonazos, estampidos y crepitar de armas de fuego. Ametralladoras rabiosas rugieron desde las alturas, acribillando las instalaciones. Ralph, pegado al muro, era apenas visible, pero el capitán y los soldados, barridos por un ramalazo de luz de uno de los aparatos en vuelo rasante, fueron luego segados de forma estremecedora por el tableteo de las ametralladoras aéreas. Ralph les vio saltar, iniciar un trágico zapateado, dando volteretas hasta caer acribillados, convertidos en auténticas piltrafas sanguinolentas.

El joven periodista americano no pensó siquiera en salir y pedir ayuda a los aviones enemigos de sus verdugos, tal vez bajo el mando del anterior gobierno de Zambwana. En la noche, y con la rapidez del vuelo, sería fácilmente confundido por otro de los nativos fieles al general Kaluma, y barrido por las ametralladoras. Optó por quedarse pegado al alto muro ensangrentado, esperando que los aviones se alejaran. Así ocurrió casi de inmediato, tras otra

pasada violenta sobre las instalaciones nucleares, en cuyos edificios de personal se estrellaban rosarios de balas, captándose agudos gritos de temor y de agonía. El ataque a la central, evidentemente, era algo planeado de antemano, para provocar un golpe moral muy duro a los gobernantes actuales.

Pero no terminó ahí la incursión aérea. De súbito, el ruido sordo de un solo y poderoso motor —o de varios perfectamente sincronizados, como podían ser los de un trimotor o un tetramotor—, vibró en las alturas. Ralph sabía distinguir un bombardero de un grupo de cazas. Tuvo un escalofrío al imaginar lo que se le venía encima.

¡Iban a bombardear la central nuclear!

Angustiado, presintiendo lo que significaría el destrozo de aquel centro energético si las bombas eran lo bastante potentes y daban en el blanco, echó a correr ahora, agazapado, en busca de salvación, si es que la había. Se alejó cuanto le fue posible de la enorme extensión industrial, pero supo que no era lo suficiente cuando las bombas silbaron en la noche, mientras descendían hacia su blanco.

Se arrojó al suelo, a la desesperada, entre una arboleda y unos altos matorrales. Las bombas hicieron explosión. Fue como si la noche se hiciera súbitamente día. Enormes fogonazos centellearon en la oscuridad, invadiendo todo de luz, y tembló la tierra, sacudida por las explosiones. Ralph calculó que, al menos, una decena de bombas caían sobre la central nuclear, devastándola en medio de un caos de fuego y le estruendo.

Saltaron por los aires depósitos e instalaciones, se desmoronaron muros y bloques, reventaron tuberías y se astillaron y desgajaron pesadas torres de metal. Ralph ignoraba cuáles podían ser las medidas de seguridad de aquella central nuclear, pero no era difícil imaginar que, bajo aquel alud de bombas, los sistemas de refrigeración de las pilas atómicas y las instalaciones de control de seguridad saltarían en pedazos, averiándose gravemente.

Eso significaba algo terrible. ¡La liberación de radiaciones nucleares!

—Dios mío, no... —jadeó, tratando de incorporarse—. Radiactividad... ¡No...!

Logró ponerse en pie. Echó a correr, pero el aire estaba lleno de cascotes y de fragmentos de piedra, metal y cemento, dispersos por

la pavorosa serie de explosiones en cadena que tenían lugar dentro del recinto atómico.

Una de esas piezas sueltas, golpeó brutalmente la nuca de Ralph Davis, lanzándole de forma violenta al suelo. Quedó inmóvil, sangrando por su herida en la frente, producida por el arma de aquel soldado, perdida incluso su venda de antes. Perdió la noción de todo.

Dentro de la central nuclear, en medio del caos, la muerte, el humo, el fuego y la desolación del terrorífico bombardeo, mientras el avión bombardero se alejaba en la noche, cumplida su misión de sabotaje, luces rojas parpadeantes centelleaban de un extremo al otro, y largos aullidos de sirenas zumbaban en la noche, alertando a quienes sobrevivieran sobre algo tan terrible o más que el propio bombardeo.

¡Las medidas de seguridad habían saltado, y la alerta roja significaba que una gravísima emergencia tenía lugar dentro del recinto nuclear!

Eso significaba una sola cosa para todos los que conocían las medidas de seguridad máxima en torno a las pilas de uranio enriquecido: había daños irreversibles en las propias pilas. Y un escape letal al exterior.

La radiactividad estaba produciéndose en torno a la central, convirtiendo a ésta en un auténtico núcleo de horror y de muerte.

No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. Pero al volver en sí, a sus espaldas seguía ardiendo la central nuclear, y el lugar parecía totalmente desolado y vacío. En la distancia, se oían sirenas agudas de alarma. Era posible que nuevos bombardeos tuvieran lugar en la capital de Zambia, la ciudad de Bonagu. Aquella ofensiva repentina de los partidarios del gobierno derrocado, posiblemente con ayuda norteamericana y británica, no era probable que pudiese derribar al actual gobierno dictatorial del país, pero sí era evidente que le estaba causando graves daños. Reconstruir una central nuclear llevaría años, para una sociedad atrasada como aquélla, incluso con la segura ayuda de los nuevos aliados que hicieron posible su victoria sobre el gobierno legalmente establecido.

Todas esas ideas pasaron rápidamente por la aturdida mente de Ralph Davis, mientras se recuperaba, incorporándose sobre una

rodilla, contemplándose al resplandor de las llamas sus manos esposadas.

Se sentía extraño. Una rara sensación de calor y unos temblores febriles sacudían su cuerpo. Pero pronto comprobó que no había temor alguno a lo relativo a posibles heridas.

Su cuerpo aparecía intacto, ni una señal de violencia, salvo el golpe en su frente, con la sangre coagulada en torno al profundo corte producido por el arma del soldado africano. Eso era todo.

Caminó lentamente hasta el claro situado ante el paredón salpicado de sangre, donde debiera haber terminado sus días, de no mediar la acción providencial de aquellos aviones. Contempló los cuerpos acribillados, sangrantes, de los soldados y del oficial encargados del fusilamiento. Se inclinó. Tomó un fusil ametrallador intacto, y se introdujo el revólver del capitán entre su pantalón y la camisa. Tendría que vender cara su vida si quería salir de Zambia. Ahora era un forajido, un evadido de la justicia militar local, un ciudadano norteamericano sin documentación ni ayuda posible hasta que pudiera llegar a la frontera más próxima y pasar a uno de los vecinos pro-occidentales del revuelto país.

Iba a ser una dura tarea, pero estaba dispuesto a llevarla a cabo o morir en el empeño. Pero no se dejaría coger preso nuevamente. Ahora sabía lo que podía esperar de aquella gente si volvía a ser capturado.

Se alejó por la espesura, tras calcular mentalmente la dirección que tomaba, hacia el oeste. Era el lugar más seguro para encontrar la frontera y abandonar definitivamente aquel infierno.

Pero a Ralph Davis le quedaba aún mucho hasta conseguir la ansiada libertad, y lo sabía. Sería una interminable pesadilla en la calurosa y húmeda jungla, a través de poblados dominados por las guerrillas del nuevo poder, siguiendo vías férreas angostas y sinuosas por la difícil geografía del país, bajo la vigilancia de patrullas militares nativas y fuerzas mercenarias extranjeras o expertos de ciertas potencias interesadas en que todo continuara igual en Zambia.

Pero estaba dispuesto a afrontarlo todo, con tal de llegar a la anhelada evasión definitiva, que pudiera reintegrarle a la civilización, a la libertad, a la vida.

Y con esos ánimos, pese a la extraña sensación de angustia que

le dominaba y a la inexplicable fiebre que se había apoderado de su cuerpo, inició la difícil y peligrosa fuga a través de la espesura africana.

Tuvo suerte en los primeros tramos de su evasión.

Logró salvar dos poblados nativos sin problemas, porque uno había sido diezmado por un ataque aéreo, y el otro quedaba al otro lado de un río estrecho pero caudaloso, y lo bordeó por el margen opuesto.

De todos modos, pudo advertir que la población civil de aquel villorrio de casas de paja y adobes, eran en el manejo de las armas, incluidos los niños de poca edad, instruidos por un reducido grupo de expertos militares de raza blanca y de inconfundible nacionalidad para un buen observador como Davis. Después pudo utilizar un tren de mercancías, atravesando las montañas y la sabana al Oeste del país, hasta la pequeña ciudad de Mdongo, casi fronteriza, ya que distaba de la divisoria con el país vecino menos de tres millas.

En el tren logró salvar las inspecciones militares, una de ellas colgándose debajo de un vagón, entre las ruedas del convoy, rozando virtualmente con su espalda y cabellos las piedras del tendido ferroviario. La otra, saltando en marcha del tren, para poderlo tomar minutos más tarde en una curva inmediata, cuesta arriba, donde reducía forzosamente su marcha el convoy.

Sin embargo, tras salvar la ciudad de Mdongo, eludiendo su zona suburbana fundido entre la frondosa espesura vecina, su racha de buena fortuna se agotó lamentablemente.

Una mujer cargada con dos odres de agua de un manantial próximo, le vio. Sus grandes ojos se abrieron enormemente en el negro rostro, dejó caer los odres y gritó asustada. Dos soldados de uniforme verde corrieron hacia donde él intentaba ocultarse y le vislumbraron a tiempo.

Gritos de alerta cruzaron de un lado a otro. Ralph, a la desesperada, disparó su metralleta en dirección a ellos. Uno de los soldados cayó de espaldas, muerto en el acto, y el otro rodó, malherido, disparando su rifle. Pero la alarma estaba ya dada.

De un edificio de ladrillos, brotaron hasta una docena de hombres uniformados de verde, con subfusiles modernos en ristre, al mando de un oficial que daba voces guturales en la lengua

nativa, distribuyendo a sus fuerzas en un amplio cerco que, inexorablemente, acabaría por envolver a Ralph Davis en una trampa mortal, mucho antes de que le fuera posible alcanzar la frontera soñada, tan próxima y a la vez tan lejana aún...

Sin embargo, todavía un ramalazo de buena fortuna se hizo presente ante él, cuando un *Jeep* con tres soldados a bordo, apareció por un recodo del polvoriento sendero que serpenteaba entre la fronda verde y exuberante. Todos ellos iban armados y vislumbraron a la presa de raza blanca ante ellos cuando acababan de doblar la curva. Rápidamente, alzaron sus armas y frenaron el vehículo para acribillar al fugitivo.

Ralph levantó su fusil ametrallador décimas de segundo antes que ellos, y lanzó una rociada sobre los soldados. Apuntó alto, para no dañar al vehículo, porque rápidamente pasó por su cerebro la idea de que aquélla era su última y desesperada oportunidad para llegar a la divisoria estatal. Tuvo fortuna en su ráfaga de balazos, porque segó las cabezas de los soldados negros con los proyectiles, pulverizando los tres cráneos en un instante. Uno de los cuerpos cayó dentro del vehículo y los demás saltaron al polvo del sendero, empujados por las balas.

Ralph Davis, convertido en una fiera acosada y desesperada, corrió en zigzag hacia el vehículo, mientras desde la jungla le llegaba el crepitar de armas de fuego dirigidas contra él.

Saltó al jeep tomó el volante y lo puso en marcha, haciéndole dar media vuelta completa. Luego, en medio de la acre polvareda que levantó con la maniobra, pisó a fondo el acelerador y lanzó el vehículo a velocidad vertiginosa, de regreso al punto de origen.

Detrás de él sonaron voces airadas, disparos y gritos. Un par de soldados le perseguían en una vieja motocicleta, digna de un museo. Ralph giró la cabeza y disparó el revólver sobre el respaldo del asiento.

La motocicleta describió una voltereta grotesca, sus jinetes chillaron, asustados, y rodaron todos por el suelo, dando tumbos violentos. Davis sonrió duramente, manteniendo a toda prisa su *jeep en dirección a la frontera. Ya no vio más perseguidores.*

Sin embargo, dos millas después, avistó el paso fronterizo desde el que, sin duda, regresaban los soldados del *jeep, uno de los cuales aún yacía en el asiento trasero del vehículo, con la cabeza destrozada.*

Redujo la marcha, arrugando el ceño. El puesto, situado en el único camino accesible, con dos rocosos promontorios laterales, mostraba su barrera, la bandera de la nación y una edificación rodeada de hombres armados y con el inevitable uniforme verde claro y la gorra visera. Uno de ellos estaba hablando con un radioteléfono, moviendo enérgicamente la cabeza y dando órdenes a sus hombres, que se situaban arma en ristre en la divisoria.

Algo estaba muy claro para Davis en estos momentos: los soldados del general Kaluma estaban tendiendo una malla hermética en la única salida posible, para evitar la fuga del yanqui evadido. Iba a ser difícil, por no decir imposible, ponerse a salvo al otro lado, en aquel país vecino, amigo de los Estados Unidos, que nunca como ahora veía como tabla de salvación en su naufragio... y a la vez tan lejano para sus limitados esfuerzos y posibilidades.

Dudó, sin saber qué partido tomar. Dar media vuelta e intentar otra cosa, significaba, quizás, perder toda esperanza y terminar muriendo a manos de los esbirros del tirano. Intentarlo a la desesperada, posiblemente también. Pero valía la pena probar fortuna. Todo era preferible a darse por vencido. O todo, o nada.

Se decidió. Encajó sus mandíbulas, apartó los labios en un rictus áspero, enérgico. Y pisó a fondo el acelerador, precipitándose violentamente hacia la frontera tan celosamente protegida...

Agachó la cabeza sobre el volante, aferró con decisión el volante y mantuvo su pie enérgicamente apoyado en el acelerador, mientras el jeep, como un proyectil, se precipitaba en medio de una densa polvareda, hacia la barrera fronteriza.

El oficial de guardia se dio cuenta de lo que sucedía. Se puso en pie, soltando el radioteléfono y dando voces a sus hombres. Éstos se situaron ante la barrera y alzaron los subfusiles, apuntando al vehículo. Ralph supo que no podía salir con vida de allí. Y, sin embargo, no redujo la Velocidad ni un solo instante. No pensó en volverse atrás o en ceder lo más mínimo.

Era un empeño suicida y lo sabía. Pero esto era mejor que morir fusilado o acosado como una rata en medio de las húmedas y cálidas selvas del país.

De repente, las armas tabletearon sobre él. Se cubrió de estrías y orificios de bala el parabrisas del jeep, se tambaleó éste, al recibir proyectiles sus neumáticos y su depósito de combustible. El coche

comenzó a arder como una tea, siempre lanzado en forma de obús, ahora llameante, hacia la frontera.

Los soldados se apartaron, justo a tiempo, haciendo crepitar sus armas, centrando a mansalva sus disparos sobre el único ocupante vivo del jeep. El cuerpo de Ralph Davis se agitó espasmódicamente al volante. Proyectiles en enjambre golpearon su cabeza, su cuerpo todo, acribillándole materialmente.

Los soldados de Zambwana supieron en ese momento que habían cazado inexorablemente al fugitivo yanqui. Caería en cuestión de un segundo o dos, bañado en sangre, con su cuerpo y cráneo convertidos en una criba aterradora. Aun así, siguieron disparando sin cesar, viendo caer las balas sobre su víctima indefensa...

CAPÍTULO III

Ralph Davis supo que era hombre muerto. Las balas chocando con su cuerpo eran evidentes. Notaba cada impacto de los proyectiles enemigos, martilleando su tórax, su espalda, sus hombros, sus brazos... e incluso su cabeza. Se extrañó por unos fugaces momentos de que la muerte bajo aquélla criba de metal candente fuese tan dulce, tan poco dolorosa, sólo como si recibiera leves golpes en su epidermis, sin otra consecuencia.

Con los ojos entornados, trató de seguir, a pesar de todo, aferrado al volante. *El jeep embistió violentamente la barrera fronteriza, desgajándola y haciéndola saltar por los aires con su impulso de ariete, mientras humo y llamas brotaban del depósito inflamado, y el vehículo oscilaba de lado a lado sobre los neumáticos deshinchados por las balas.*

Al lado opuesto de la frontera, soldados y oficiales de piel también negra, pero de uniforme color *beige* y boinas marrón, asistían, pasivos pero expectantes, armas en ristre, al desenlace del incidente fronterizo, seguros de que sólo un cadáver acribillado les llegaría a bordo del incendiado vehículo. Un oficial gritó en inglés a los demás, pidiendo rápidamente un extintor de espuma para atacar al vehículo en llamas. Varios soldados corrieron al puesto fronterizo del país vecino, mientras los demás esperaban, manteniendo a raya a sus posibles antagonistas del otro lado de la frontera.

Ralph Davis supo que había salvado al fin la divisoria. Se miró manos, brazos, pecho, esperando verlos bañados en el rojo siniestro de su propia sangre derramada. Un helado estupor le invadió, mientras saltaba del *jeep incendiado, una vez en el otro lado de la divisoria, para eludir las consecuencias del inevitable estallido del combustible inflamado.*

No sabía lo que sucedía. Sólo sabía que docenas de balas habían cosido virtualmente su cuerpo.

Y, sin embargo, estaba totalmente ileso, ante el supersticioso terror de sus perseguidores del otro lado de la frontera, y la incredulidad manifiesta de los soldados del país vecino, que le contemplaban sin creer lo que veían.

Antes de que llegaran los extintores, el jeep volcó en la cuneta y estalló en una ígnea bola cegadora que reventó el metal como si fuese cartón. Los soldados de color beige y marrón se apartaron prestamente del lugar, justo a tiempo, y ninguno resultó herido.

El oficial de fronteras, revólver en mano, se aproximó al caído Davis, que rodaba por los arbustos, hasta quedar exhausto, tendido boca arriba, jadeando entrecortadamente.

—Que me cuelguen si lo entiendo —dijo el oficial en inglés—. ¿Quién es usted?

—Ralph Davis, periodista norteamericano —susurró él—. Intentaron fusilarme, acusado de espionaje. Gracias a Dios estoy a salvo.

—Eso es cierto. Pero yo me pregunto cómo, señor —manifestó el oficial, estupefacto—. Si no me engaño, esa gente del otro lado de la frontera le cosió a balazos... y sólo veo orificios en sus ropas... y ni una sola gota de sangre, ni un rasguño en todo su cuerpo. Sé que esos tipos no usan precisamente cartuchos de fogueo. ¿Quiere decirme qué ha pasado?

—La verdad, oficial... —suspiró Ralph, aturdido, desconcertado—. No lo sé... Pero es como si fuese... invulnerable a las balas.

—Invulnerable. Sí, señor Davis. Ésa es la explicación.

Ralph parpadeó, mirando al médico desde su emplazamiento sobre la mesa de operaciones donde había sido examinado. El potente foco colgado sobre él lograba cegarle, pero había empezado a acostumbrarse a esa luz deslumbrante.

—Pero eso no tiene sentido, doctor —replicó débilmente.

—Lo sé —el médico militar norteamericano que se ocupaba de él en aquel centro médico europeo a dónde había sido enviado urgentemente desde África, paseó por el quirófano sacudiendo la cabeza de un lado a otro con evidente perplejidad—. Cuando me contaron su historia, pensé en una simple superstición africana, en una tontería cómo podía ser la suplantación de balas auténticas por simples cartuchos de fogueo. Pero los orificios en sus ropas contradecían claramente esa teoría. Eran auténticas desgarraduras y

boquetes de bala. Entonces imaginé que, por alguna oculta razón, usted usó un chaleco antibalas del que luego se deshizo.

—Pero, doctor, también recibí balazos *en la cabeza*...

—También lo sé. Tengo un informe completo de su caso. Yo mismo, durante el examen, he probado con sutiles agujas afiladas a perforar su piel. Y he fracasado. Luego probé a herirle con un afilado cuchillo, un bisturí, aunque fuere superficialmente. Otro fracaso. El bisturí llegó a mellarse. Su piel, Davis, es una especie de terrible coraza inexpugnable. Algo así como vivir envuelto en una capa de acero de varias pulgadas de espesor. Ignoro, sin embargo, si un rayo láser puede perforarla, aunque me guardaré mucho de hacer experimento alguno en tal sentido.

—Eso... eso me convierte en una especie de fenómeno de feria, ¿no cree?

—Evidentemente, sí. Es el primer caso que conozco de tal naturaleza, señor Davis —confesó el médico, con expresión pensativa—. He consultado ya con colegas especializados en biología y en mutaciones físicas. No saben de otro caso similar.

—¿Y la posible explicación...?

—Hemos estudiado su informe a la CIA y al FBI, señor Davis, apenas abandonó usted su pesadilla en Zambwana. Es obvio que no sufría de tal fenómeno previamente, ya que un simple golpe con un arma le hizo esa brecha en la frente. He probado a causarle un golpe parecido con un tubo de acero e incluso con la culata de un arma. No he logrado ni siquiera irritar su piel o causarle el menor daño. Obviamente, no sólo es inmune a los proyectiles, sino a toda clase de golpes, ataques o agresiones, ya sea con arma blanca u objetos contundentes. Su, piel es una coraza insalvable, ésa es la realidad simple y llana.

—Pero el motivo... ¡Tiene que haber uno, doctor, el que sea! ¡Yo no soy un fenómeno de circo!

—Me temo que podrá serlo desde ahora, con pleno derecho —sonrió el médico—. Y puede hacerse rico con ello, se lo garantizo. En cuanto al motivo... vea usted mismo. Es algo muy simple, señor Davis.

Se dirigió a una puerta del quirófano. Asomó por ella, llamando a alguien. Ralph esperó entre tenso e intrigado, sin saber qué iba a suceder seguidamente. Pronto lo supo.

Un hombre alto, severo y taciturno, vestido impecablemente de gris bajo la bata blanca hospitalaria, se aproximó a ellos con una caja metálica y una extensión rematada en algo parecido a un micrófono. Ralph sabía de qué se trataba aquel adminículo.

Era un contador Geiger.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Ralph.

—Radiactividad, señor Davis.

—¡Radiactividad!

—Eso es. Vea algo ahora...

Pulsó el resorte de funcionamiento del contador radiactivo y lo aproximó lentamente a Ralph. Éste le dejó hacer, con la mirada fija en el aparato. Paulatinamente, a medida que se acercaba, comenzó a emitir los inconfundibles sonidos que señalaban la presencia de radiactividad en la zona. Cuando estuvo más próximo a él, el contador elevó notablemente el volumen de sus zumbidos hasta hacerse muy potentes. El médico lo cerró de nuevo y se quedó mirando al periodista.

Éste había comprendido. Con un estremecimiento, inclinó la cabeza, aturdido.

—Dios mío —murmuró—. Estoy saturado...

—Así es. Pero por un extraño fenómeno que nadie se explica, ha logrado absorber toda esa enorme radiactividad sin que le resulte letal. En cambio, todos cuantos le hemos examinado, médicos, químicos y físicos, estamos de acuerdo en algo: esa energía radiactiva ha ejercido sobre su organismo una acción inexplicable, acumulándose en su epidermis y haciéndola invulnerable a todo impacto externo, por violento que sea.

—¿Quiere decir que esa misma carga radiactiva acumulada en mí, me ha convertido en una persona fuera de lo común, en una especie de ser humano blindado?

—Exactamente, amigo mío —afirmó el médico con un suspiro—. Algo en sus células se ha alterado, pero sólo en forma epidérmica, creando una especie de nueva piel imposible de perforar. Cada pulgada de su epidermis, es un punto indestructible de su persona y, por tanto, sus tejidos y sus órganos internos están protegidos de toda agresión por esa capa blindada a toda prueba.

—Pero mi piel... —Ralph se tocó el brazo, el tórax, su propio rostro—. Mi piel sigue siendo blanda, sensible al tacto, los dedos se

hunden en ella sin dificultades, no percibo nada duro en la superficie de mi cuerpo...

—Lo sé. Tal vez porque el término más correcto para definir su singular fenómeno físico sea el de que su epidermis se ha vuelto como una goma poderosa, elástica y aparentemente blanda, pero de una dureza y resistencia sin límites, a causa de la alteración radical de sus átomos y de sus moléculas, hasta convertir sus células de piel en algo de nueva estructura y asombrosa resistencia a todo agente externo, por agresivo que sea.

Ralph trató de asimilar todo lo que oía en labios del médico.

—Según eso, doctor ¿quiere decir que si soy golpeado, acuchillado, sometido a un tiroteo como el que sufrí en la frontera de aquellos dos países de África, o atacado de alguna forma violenta, por el medio que sea... no me sucede *nada*?

—Hemos llegado a esa conclusión definitiva, sí.

—¿Sin error posible?

—Sin error posible —suspiró el médico.

—Cielos... —Davis meneó la cabeza—. Si me intenta machacar un campeón de boxeo, no logrará tumbarme nunca.

—Nunca. Los golpes de sus puños no dañarán sus huesos ni tejido alguno, porque los impactos, por decirlo de algún modo, se estrellarán y rebotarán contra su piel, lo mismo que las armas blancas, los objetos contundentes o las balas. Incluso una explosión a corta distancia, un incendio, una caída mortal o cualquier otra circunstancia, no hará sino chocar con una epidermis tan dura y resistente, que no podrá sufrir quemaduras, daños, heridas o desgarros, ni tan siquiera fracturas óseas o hemorragias. En suma, señor Davis, es usted una especie de Superman, un hombre invencible.

—Y eso... ¿cuánto puede durar, doctor?

—Nadie lo sabe —se encogió de hombros el médico—. Puede que el resto de su vida. De todos modos, si llegase a alterarse de nuevo un día su estructura molecular, usted empezaría a notarlo, porque la regresión a su estado normal sería paulatina.

—¿Y mi radiactividad... puede ser peligrosa para los demás, si permanezco cerca de ellos demasiado tiempo o me aproximo en exceso a alguien?

—No, en absoluto. Por ese singular fenómeno biológico que en

usted se ha producido al absorber una cantidad de radiactividad letal capaz de aniquilar a cualquiera, su propio organismo va absorbiendo toda la carga radiactiva y neutralizándola, de modo que usted no emite radiación alguna que pueda ser nociva o peligrosa para los demás seres vivientes, animales, humanos o vegetales. No es usted un peligro para nadie, señor Davis. Sin embargo, no hay ser viviente en el mundo que pueda destruirle en estos momentos, ésa es la verdad.

Ralph Davis trató de asimilar la noticia, pero no era sencillo. Como un hecho milagroso o increíble, había sobrevivido a la trágica aventura en África, gracias a un fenómeno cuyos orígenes veía ahora bien claros en el recuerdo.

—La central nuclear bombardeada... —murmuró—. Mi desvanecimiento junto a las instalaciones, durante la fuga radiactiva... En vez de morir allí, algo se alteró en mi organismo. Y ahora... soy invulnerable.

—Así es. Pero tenga algo en cuenta, amigo mío.

—¿Qué es ello? —Miró al médico preocupado.

—Como la fábula de Aquiles, no toda su persona está inmunizada contra la violencia exterior. Él tuvo su famoso talón. Usted también tiene el suyo.

—Y ese punto débil... ¿cuál es?

—Aquel que no está recubierto de piel, señor Davis. Es decir... *sus ojos*, siempre que tenga los párpados abiertos.

Sus ojos siguen siendo normales, y en ellos sí puede causarse daño, siempre, como le digo, que no haya cerrado previamente con fuerza sus propios párpados para protegerlos. Tenga eso muy en cuenta si piensa, de alguna forma, utilizar en su beneficio o en el de los demás, esas raras facultades que un milagro biológico le ha concedido...

—¿Por qué dice eso? ¿Qué espera usted que haga yo con mi indestructible naturaleza, doctor? —se extrañó el periodista.

—No lo sé —sonrió enigmáticamente el médico—. Pero puede que pronto lo sepa usted. Hay dos caballeros, uno del FBI y otro de la CIA, que están sumamente interesados en su persona y que vendrán a visitarle en breve...

Se llamaban Marty Hellman y Alexander J. Derek. Eran, respectivamente, alto funcionario de la Agencia Central de

Inteligencia de los Estados Unidos, conocida por sus siglas de CIA, e inspector de la Oficina Federal de Investigación o FBI.

Se presentaron en el hospital militar norteamericano de Alemania Federal donde Ralph Davis se hallaba internado desde su regreso de África, a los dos días de conocer el joven reportero su nueva y sorprendente naturaleza.

—¿Y bien, caballeros? —preguntó Davis—. ¿A qué debo el placer de su visita?

Los dos altos empleados de las dos centrales de inteligencia y de ley federal de su país, cambiaron una mirada pensativa antes de abordar el tema. Fue el hombre de la CIA, Marty Hellman, quien rompió el fuego, tras un carraspeo.

—Verá, Davis. Como bien sabe usted, se ha convertido inesperadamente en una especie de superhombre.

—Sólo superficialmente —rió con buen humor Davis—. Y nunca mejor expresada una situación, señores. Sólo mi piel me hace invulnerable por el momento.

—Es suficiente. ¿Se imagina lo que un hombre indestructible puede hacer en el mundo actual?

—Ya lo he pensado. Desde escribir un libro, hasta exhibirse en circos o ferias, desafiando a la gente a que le cause algún daño. Pero ninguna de esas posibilidades me seduce demasiado. Soy periodista, reportero de noticias. Eso es todo. Y me gusta ser lo que soy. Mi actual fenómeno biológico no tiene por qué cambiar mi vida.

—Sin embargo, forzosamente ha de cambiarla, Davis —apuntó con cierta timidez el inspector Derek, del FBI—. Es inevitable.

—¿Por qué habría de serlo?

—Porque estamos aquí en nombre del presidente de los Estados Unidos, Davis —informó secamente el funcionario de Inteligencia.

Davis parpadeó, sobresaltado. Humedeció sus labios y contempló a sus dos visitantes con perplejidad.

—No creía serían importante —manifestó.

—Pues lo es. El presidente ha sido informado de lo ocurrido. Sabe que usted se ha transformado en un hombre prácticamente invencible. Y, por supuesto, espera que como buen americano, desee poner sus facultades al servicio de su patria.

—Gustosamente lo baria, pero siempre he creído que mi mejor manera de aportar algo a mi país es cumpliendo lo mejor posible

con mi propia profesión, caballeros. ¿Qué otra cosa podría yo hacer en bien de mi patria?

—A eso íbamos —suspiró apaciblemente el inspector del FBI—. Usted ha demostrado en ese país africano, dominado ahora por un régimen totalitario de signo anti norteamericano, financiado y apoyado militarmente desde el exterior, que no sólo es un buen periodista, sino también un hombre hábil para evadirse y salvar su vida en las peores circunstancias.

—Bueno, hubo mucho de casual y providencial en todo ello —objetó modestamente Ralph—. Tengan en cuenta que un oportuno bombardeo y ametrallamiento desde el aire cuando iba a ser fusilado, me dio la oportunidad de huir con vida. Luego tuve suerte, hasta llegar al desenlace de mi aventura, donde ya fue algo más que la suerte lo que me salvó de una muerte cierta. Personalmente, no creo que fuese una hazaña ni mucho menos.

—Se equivoca, Davis —rechazó el hombre de la CIA—. Tenemos informes concretos de nuestros agentes en Zambwana. Usted obró astuta y valerosamente en su viaje desde la central nuclear bombardeada hasta la frontera. Y entonces aún no era invulnerable a los ataques enemigos y, si lo era, lo desconocía por completo. Ahí demostró ser hombre valeroso, decidido y con recursos e ingenio para salir de situaciones difíciles y altamente peligrosas.

—Acabemos, señores. ¿Adónde quieren ir a parar?

—A esto, Davis. ¿Quiere usted prestar un servicio a su patria convirtiéndose por una vez en agente nuestro en un país extranjero, para intentar salvar la vida de veinte rehenes norteamericanos retenidos en poder de un gobierno hostil a los Estados Unidos, y cuyas vidas peligran cada día más?

—¿Yo... espía o agente secreto? —se sorprendió Ralph.

—Algo así, en efecto. Dos de esos rehenes son valiosísimos para nosotros, ya que poseen algo de valor inapreciable que, en caso de caer en manos enemigas, significaría un posible desastre para nuestro futuro. Se ha intentado su rescate en dos ocasiones, con dos audaces golpes de mano, pero todo fracasó. Ahora, tenemos una sola esperanza de conseguirlo una tercera vez: usted, Davis.

—Es una extraña oferta, caballeros. Yo nunca he trabajado en asuntos así.

—No importa. Se le entrenará. Llevará instrucciones concretas.

Su imaginación y recursos harán el resto.

—Pero ¿no tienen ustedes auténticos agentes profesionales, expertos en tales cosas, y capaces de conseguirlo mucho mejor que yo?

—De momento, hemos fracasado dos veces, como ya le dije. Y por otro lado, piense que ningún agente en el mundo es *invulnerable* como usted. Eso es lo que le hace diferente... y único. ¿Cuál es su respuesta, Davis?

CAPÍTULO IV

Ralph Davis sólo podía tener una respuesta.

La que dio, días más tarde, personalmente al presidente de los Estados Unidos, en la Sala Oval de la Casa Blanca:

—Sí, señor presidente. Lo he meditado bien. No podría negarme a una petición semejante. Haré lo que sea al servicio de mi país, se lo aseguro.

El presidente sonrió, dándole un cordial apretón en el hombro. Luego, dirigiendo una mirada pensativa al ventanal sobre Washington, comentó con voz pausada:

—Bien, Davis. Me alegra oírle hablar así. Me han relatado detalladamente sus circunstancias actuales, e incluso he visto proyectar una película filmada en Alemania Federal por nuestros expertos, sobre las experiencias realizadas en su persona. Debo manifestarle que estoy asombrado todavía por lo que vi. Prácticamente, es usted un ser invencible.

—Aquiles también lo era. Y Ulises. Sin embargo, todos acabaron derrotados.

—Lo sé. En su caso, espero que todo sea distinto. ¿Está dispuesto a correr ese riesgo, haciéndose cargo de la misión encomendada?

—Absolutamente, señor. Ya le dije que tomé mi decisión irrevocable.

—El hecho de que no puedan destruirle, no significa que todo le sea posible, Davis. Pueden encerrarle en una mazmorra de por vida, sin que podamos sacarle de ella. Tenemos veinte norteamericanos cautivos en el extranjero, a quienes nos es imposible rescatar, pese a todo nuestro poderío, ya le han informado de ello.

—Lo sé, señor. Es preciso rescatarles a cualquier precio.

—Así es. Si no les han asesinado ya, es porque ignoran cuáles de los veinte son en realidad los dos que buscan, cuya información nos sería funesta que cayera en poder de esa gente o de cualquier otra

potencia amiga del gobierno que los retiene como rehenes.

—Si existe una posibilidad de rescatarles, lo conseguiré, estoy seguro. Soy persona de mucha confianza en mí mismo, al menos como periodista. Confío en que también sea ése el caso como agente secreto.

—Lo será, estoy convencido de ello. De todos modos, usted irá allí como periodista de otra nacionalidad. Se le proveerá de documentación falsa. En ese país solamente arrestan a ciudadanos norteamericanos y británicos. ¿Domina usted a la perfección algún otro idioma además del suyo propio, Davis?

—El francés, señor. Y algo de alemán y español, pero con menos facilidad.

—Bien. Irá allá como periodista francés. Resolveremos todo de acuerdo con el propio gobierno de París, para evitarle riesgos. Una vez dentro del país, será tarea suya resolver los problemas, aunque contará en todo momento con la ayuda de un enlace nuestro allí, cuyo nombre conocerá en su momento. ¿De acuerdo en todo, Davis?

—De acuerdo, señor.

—Bien —el presidente se puso en pie, tendiéndole la mano—. Ahora, mi secretario de Estado le atenderá, antes de que inicie su rápida e intensiva preparación para esa difícil y peligrosa misión en el extranjero. Buena suerte, Davis. Y me siento orgulloso de haber conocido a un buen americano. Si su tarea se ve acompañada por el éxito, habrá prestado un inestimable servicio a su patria.

—Sería la mejor manera de utilizar mi condición de invulnerable, señor —sonrió a su vez Ralph Davis, estrechando con calor la mano del presidente.

Siguió un duro período de entrenamientos intensísimos e intensivos. En escasos días, Ralph Davis debía aprender cosas que los agentes especiales tardaban habitualmente varios cursos en conocer. No era preciso enseñarle técnicas ofensivas o defensivas, artes marciales o medios de lucha de ningún tipo, porque su excepcional naturaleza actual le permitía encajar toda clase de agresiones y rechazarlas con demoledora contundencia, ya que disponía para ello del factor sorpresa ajeno en primer lugar, y de su propia contextura atlética en segundo.

Aprender a memorizar códigos y claves tampoco encerró dificultad alguna para un hombre como él, de mente ágil y

despierta, habituado ya a mil trucos en su propia profesión de periodista y, muy especialmente, en su faceta de corresponsal en difíciles lugares del mundo, desde los que más de una vez debía transmitir informaciones en forma velada porque las autoridades locales y la censura no cayeran sobre él y sobre su trabajo. Por tanto, Davis aprendió con rapidez las más elementales y necesarias normas del trabajo del espionaje, y muy pronto estuvo en condiciones de ser enviado al país donde veinte ciudadanos norteamericanos eran rehenes de un nuevo gobierno, agresivo y hostil para los Estados Unidos, a causa de que entre ellos había dos funcionarios de los Servicios de Inteligencia norteamericanos, con información vital para la propia seguridad de los Estados Unidos y para algunos de sus más importantes aliados en el mundo.

Si esa información era obtenida por los funcionarios de Seguridad del Gobierno causante del secuestro, obviamente serviría para dañar gravemente a Norteamérica y su política exterior, así como poner en bandeja a sus más directos adversarios un triunfo capaz de darles ventaja estratégica y política de primer orden.

Nada menos que todo eso estaba en juego en aquel país. Los interrogatorios a los rehenes, por el momento, nada habían facilitado al enemigo, a juzgar por informaciones filtradas, dignas de todo crédito. El anónimo seguía encubriendo a los dos miembros secretos mezclados con otros dieciocho rehenes de los que solamente su propia vida, como seres humanos, era valiosa en estos momentos. Washington, sin embargo, tenía fundados y serios temores de que, en un momento de ira por parte de los gobernantes de ese país, los veinte fuesen pasados por las armas, para impedir que su información llegase a los Estados Unidos. Si eso sucedía, una valiosa carga de informes y datos se perderían para siempre, junto con veinte vidas humanas, en una masacre estremecedora.

Eso es lo que Ralph tenía que evitar. Dos agentes especiales enviados anteriormente a aquel país, habían sido muertos por una mano misteriosa, que les impidió cumplir con su misión. Era evidente, por tanto, que la tarea distaba mucho de ser sencilla, incluso para un hombre como Davis, convertido por un extraño fenómeno biológico en un ser invencible e indestructible.

Y así lo comprendía él mismo cuando sus instructores federales dieron por terminado el breve e intensivo curso de entrenamiento y

aprendizaje, y el presidente de los Estados Unidos le confió de modo definitivo su misión en el extranjero.

Momentos más tarde de recibir el falso pasaporte, a nombre del ciudadano francés Gerard Durand, periodista de un magazine francés de información general, Ralph se entrevistaba con la única persona en Nueva York que realmente le importaba lo suficiente como para despedirse de ella, aunque ocultándole forzosamente la verdad sobre sí mismo y su actual condición, así como los hechos relacionados con su secreta misión.

Esa persona era Angie Carter, su prometida y compañera de trabajos periodísticos de la Agencia Internews.

—De modo que te marchas otra vez al extranjero... —murmuró ella, mirándole con expresión contrariada.

—Sí, Angie, Debo hacerlo. Lamento que nos hayamos visto tan poco tiempo.

—McPattern no ha querido decirme a qué país vas ni por cuánto tiempo.

—Al parecer quieren que sea una labor un poco discreta por el momento —sonrió el joven reportero, evasivo—. De todos modos, en cuanto me sea posible te escribiré.

—¿Tampoco tú vas a decirme adónde vas? —se extrañó Angie.

—Pues no, tampoco yo.

—¿Por qué, Ralph?

—Lo ignoro, te lo aseguro. Parece ser que hay problemas con el país adonde me envían. Ni siquiera a mí me lo han notificado aún. Lo harán cuando salga de viaje.

—Eso es demasiado misterioso, ¿no te parece?

—Evidentemente. Pero sé de todo ello tanto como tú.

—Sin embargo, los periodistas tenemos medios de averiguar cosas aun sin que nos las digan, Ralph. Te habrán indicado qué clase de ropa tienes que llevar, si invernal o veraniega, pongamos por caso. Eso sería una pista sobre la latitud adonde te diriges.

Angie era muy lista. Ralph comprendió que no era fácil engañarla. Frunciendo el ceño, busco una salida verosímil:

—Me han dicho que lleve ropa normal, de entretiempo. Eso ha sido todo. Del visado y todo eso, se encarga la propia agencia. Al parecer hay problemas diplomáticos con el país donde debo entrar.

—Eso no tiene mucho sentido, Ralph. Sigo pensando que hay

gato encerrado en todo esto.

—Posiblemente, pero yo lo ignoro por el momento. McPattern me ha pedido la máxima reserva en todo esto, y debo obedecer sus instrucciones.

—¿Sabes una cosa, Ralph? A veces tengo la impresión de que *tú* sabes bien adónde vas y para qué, y tratas de ocultármelo con pretextos.

Ralph contempló fijamente los ojos ambarinos de la bella muchacha de pelo castaño, facciones suaves y esbelta figura sentada frente a él, sintiéndose realmente incómodo. Angie no estaba poniendo verdaderamente fáciles las cosas.

—¿Y si fuera así, Angie? —se decidió a preguntar.

—Me dolería mucho que no confiaras en mí —se quejó ella amargamente—. Pensaba que no podía haber secretos entre tú y yo. Después de todo, pensabas ser mi esposo cuando volvieras de África.

—Lo seré cuando vuelva de esta nueva corresponsalía, te lo aseguro. McPattern me ha dicho que no estaré fuera del país más de dos o tres meses.

—Y si vamos a ser marido y mujer dentro de unos meses, ¿no crees que es un mal principio empezar con reservas y evasivas, ocultándome las cosas?

—Angie, trata de comprender. Aunque fuese como tú supones, existiría un motivo serio para ello, algo importante que impide hacer público el destino de mi viaje al extranjero...

—Tú eres un periodista, no un espía —le reprochó, dando sin saberlo en el clavo—. No tiene sentido andarse con tantos misterios, y menos conmigo. Si no te sinceras, querido Ralph, creo que voy a pensarme seriamente lo de ser tu esposa a tu regreso.

—Pero, Angie, eso es una locura. No puedes hablar en serio... —protestó Davis.

—La locura sería aceptar un marido capaz de guardar secretos así a su mujer. Estoy segura de que esta circunstancia podría repetirse en el futuro, y no me gustaría lo más mínimo afrontarla. Decide, Ralph: o mantienes el secreto sobre tu trabajo... o callas todo eso, y a cambio rompemos definitivamente nuestro compromiso.

—Angie, piénsalo bien. No es justo que te comportes así...

—Lo siento, Ralph. He tomado mi decisión. Ahora, decide tú.

Davis vaciló. Era dura la lucha entre su conciencia y sus sentimientos. Sabía que cualquier indiscreción, la más leve imprudencia, podía echarlo todo al traste, y causar la muerte de veinte prisioneros norteamericanos... y la suya propia. Además, eso significaría el posible desastre para los Estados Unidos. Por el otro lado, no deseaba perder definitivamente a aquella muchacha adorable, mezcla explosiva de ingenuidad y picardía, de ternura y sensualidad, que era Angie Carter. Deseaba que aquel cuerpo joven, seductor y excitante fuese suyo, algo más allá de los besos, caricias y momentos de pasión no consumados que habían pasado durante su noviazgo, hasta hacer más y más apetecible a la criatura voluptuosa y adorable que era su prometida. Ella misma le había manifestado muchas veces sus propios deseos de ser marido y mujer, para sentirse plenamente poseída por él, y no se había ocultado en confesar que deseaba ese momento tanto como él mismo. No era una puritana, pero hubiese sido incapaz de entregarse a él sin ser la señora Davis. Ralph lo sabía, y jamás intentó ir más allá de esos escarceos amorosos, tan incitantes como incompletos para saciar su común atracción pasional.

Y ahora, debía renunciar a todo lo soñado. A la boda, al viaje de novios, a la auténtica y plena posesión del cuerpo joven, vital, exultante de atractivos, que era la primera etapa de una unión feliz.

—¿Es tu última palabra, Angie? —insistió Ralph, tratando de apurar sus posibilidades ante ella.

—Sí. La última. Decídete, Ralph. No me volveré atrás por nada del mundo —manifestó ella, apretando con firmeza sus carnosos labios, cuyo sabor cálido y dulzón había conocido él muchas veces en prolongados besos de pasión. Los ojos color ámbar brillaban con una resolución que parecía inquebrantable.

—Muy bien —suspiró Davis, poniéndose lentamente en pie. Fue hacia ella, alargó sus brazos, la tomó por los hombros, atrayéndola hacia sí. El cuerpo femenino vibró, arqueándose hacia él al incorporarse despacio, pendiente de sus palabras, los ojos del uno fijos en los del otro. Lento, Ralph se inclinó sobre ella, puso sus labios sobre los de la muchacha, sintiendo el húmedo y mórbido contacto de la boca femenina en la suya.

Ella entreabrió los labios, su lengua buscó la de Ralph en un

instintivo afán de prolongar aquel beso, convencida de que la decisión de él era la previsible: había cedido a su ultimátum. No era capaz de perderla de modo definitivo.

De forma inesperada, él se echó atrás. Ella quiso retenerle. Le mordió intensamente el labio, con una especie de calambre en todo su cuerpo que la hizo pegar sus muslos a los de él.

—No, querida —negó lentamente Ralph Davis, alejándose de ella con expresión grave—. Es mi beso de despedida. He tomado mi decisión. Si tú no cambias de idea, tampoco yo puedo hacerlo. Adiós, Angie.

—¡Ralph! —Ella le miró atónita, como si la hubiesen abofeteado. Enrojecieron sus tersas mejillas—. No es posible... No puedes romper así... sólo por ocultarme algo tan ridículo...

—Lo siento. No soy yo quien rompe, sino tú. Buena suerte, Angie. Espero que nunca te arrepientas de esto... Ahora debo marcharme.

—Ralph... —Parecía perturbada, aunque se irguió, tratando de dominarse—. Ralph, no sangra tu labio. Te he mordido... y no sangras... Estaba segura de haber hundido mis dientes en tu labio...

—Posiblemente no apretaste demasiado —sonrió Ralph con tristeza.

—No, no. Sé que apreté casi con rabia... No veo señal de la mordedura.

—Importa poco eso. Tampoco me hubiera quedado a tu lado aunque me hubieses mordido con todo el fuego de tu pasión, Angie. No puedes coaccionarme así para que tome una decisión a tu gusto.

—¿Eso significa que no me amas, que no te importa romper conmigo?

—Soy yo quien debería preguntarte eso, Angie. Y no lo hago. Es mejor no hablar más de ello. Te quiera o no, será un problema exclusivamente mío a partir de ahora. A menos que decidas cambiar de opinión y volverte atrás.

—¡Nunca! —Mantuvo ella con arrogancia, mirándole con ojos centelleantes—. Adiós, Ralph Davis, si ésta es tu decisión final.

—Adiós, Angie.

Dio media vuelta. Abandonó la estancia. Angie Carter se dejó caer lentamente en el asiento. De sus ojos, orgullosos y firmes, brotaron dos lágrimas, resbalando silenciosas por sus mejillas.

Ahora estaba segura de haber perdido para siempre a Ralph.

El avión nocturno inició el vuelo Nueva York-París, desde el aeropuerto Kennedy.

La escala de unas horas en París era obligada para Ralph Davis. Tenía que adquirir allí toda su ropa, utensilios de aseo e higiene, calzado y cuanto precisaba llevar en su viaje a cierto lugar, puesto que ese viaje lo haría como el periodista Gerard Durand. Además, un miembro del *Deuxième Bureau* francés le esperaba en la capital francesa para ultimar detalles y depositar en los archivos franceses toda una completa documentación —falsa por supuesto—, sobre el reportero Gerard Durand, natural de París, de veintisiete años de edad, como corresponsal en el extranjero de la revista semanal *Le Monde illustré*. Todo muy convincente, por si a alguien se le ocurría investigar el pasado del supuesto periodista francés. Había que darle visos de realidad a un personaje que jamás había existido.

Al otro día, Ralph abandonó París, ya con todos los objetos de su equipaje totalmente franceses de manufactura, rumbo al país señalado para su incierto destino.

Ese país era Banakur, en el sudeste asiático.

Un país altamente conflictivo, fronterizo con países de ebullición permanente.

Una encrucijada dramática y tensa en el mapa político del mundo.

CAPÍTULO V

—¿Gerard Durand, periodista francés?

—Sí, exactamente —afirmó él con su perfecto acento francés, mirando inexpresivamente al funcionario policial de Banakur—. ¿Todo en regla?

—Aparentemente, si —afirmó el hombre de uniforme color pardo y las insignias de oficial en sus hombros y gorra. Le devolvió el pasaporte y sus credenciales, estudiándole críticamente con sus oblicuos ojos de oriental en un rostro poco o nada emotivo—. No nos gustan demasiado los periodistas.

—Lo siento. No me pagan para ser simpático a los demás, sino para cumplir un trabajo informativo.

—No se haga el gracioso —le replicó fríamente el funcionario—. Limítese a residir en el país sin crear problemas, Y acate las medidas de censura y de control establecidas por el nuevo Gobierno. Es la mejor manera de no resultar indeseable y ser puesto en la frontera de inmediato. Se lo aconsejo por su propio bien, *monsieur*.

—Muy amable —sonrió Ralph irónicamente, recogiendo su maleta y echando a andar, tras haber sido minuciosamente registrado por el equipo de aduaneros del aeropuerto de Yakung, capital de Banakur.

Un taxi le condujo al Yakung Palace, el mejor hotel de la capital. Por el camino, Ralph observó en silencio la presencia de patrullas militares, los rigurosos controles, la amenazadora solidez de los carros de combate y tanquetas en diversos cruces y plazas estratégicamente situados en la ciudad, así como numerosas pancartas y pasquines con la efigie del actual Jefe de Estado de Banakur, príncipe Sanaka, auténtico dictador del país, emparentado lejanamente con la verdadera dinastía real de Banakur, y elevado al mando supremo del Estado por el golpe militar y la revolución del

año anterior, qué rompió definitivamente de modo violento y súbito la tradicional amistad y cooperación entre el país y los Estados Unidos, así como otras potencias occidentales. Actualmente, el llamado «príncipe rojo» de Banakur, estaba protegido por otras potencias muy diferentes. La historia de Zambwana se repetía una vez más, como tantos otros lugares estratégicos del mundo actual.

En torno a los edificios oficiales, el cordón militar o policial era realmente denso. La gente circulaba por las calles con su natural indiferencia, propia de los pueblos orientales, pero algo en sus rostros dejaba traslucir la tensión y también la incertidumbre y desesperanza que una situación así provocaba en su vida habitual.

El hotel también resultó estar fuertemente protegido por la milicia, con casco de acero y moderaos fusiles ametralladores —de manufactura no occidental, según pudo deducir Ralph de un fugaz examen—, que acaso más que «proteger» al hotel y sus huéspedes extranjeros, como sería sin duda la versión oficial de los hechos, estaría allí para vigilar muy de cerca y tener bajo control a todo ciudadano no banakurano.

Se inscribió en el hotel, donde su supuesta empresa había reservado anteriormente habitación para él, y pasó a su alojamiento, en la segunda planta, sin más trámites.

De pasada por al amplio vestíbulo del hotel, observó que no había numerosa clientela en él, pero sí unos cuantos occidentales dispersos por los asientos, leyendo diarios locales o charlando entre sí con aire preocupado. Algunos le miraron, ansiosos, al verle aparecer. Notó que sus miradas le seguían hasta el ascensor.

La habitación no era demasiado lujosa para ser éste el mejor hotel de Yakung. Ciertamente que existía otro hotel mejor, el Yakung Hilton, pero éste se hallaba totalmente rodeado de vehículos militares y tropas, convertido provisionalmente en cárcel para los veinte ciudadanos americanos, rehenes del Gobierno del Príncipe Sanaka. Sobre el hotel, asimismo según informes en poder de Ralph, varios helicópteros militares montaban guardia permanente, bien sobrevolando el Yakung Hilton, bien posados en el helipuerto de la azotea del moderno edificio de la cadena Hilton en la capital de Banakur.

El Palace era el típico hotel a la antigua usanza, y seguramente había conocido, a juzgar por sus raídas pero suntuosas alfombras,

sus cristalerías y su aire clásico, el esplendor del dominio francés en el Sudeste de Asia, y el poderío del imperio británico en otras regiones de aquella conflictiva zona asiática.

Los empleados, todos ellos nativos, eran silenciosos, obsequiosos y fríos, como resultaba costumbre en los pueblos orientales. Ralph, tras cerrar la puerta de su alcoba, se sentó en el amplio y confortable lecho, respirando hondo. Distaba mucho de sentirse aliviado. Sabía que los problemas empezaban realmente ahora. No era ningún ingenuo. Al menos, un micrófono estaría instalado en su alojamiento, recogiendo incluso su propia respiración. Las fuerzas de seguridad de Banakur, dirigidas por un experto en tales cuestiones, un extranjero por más señas, el apátrida y mercenario Janos Dubek, brazo derecho del príncipe Sanaka en su victorioso golpe de Estado, no podían fácilmente olvidarse algo tan elemental como era la estrecha vigilancia de todo ciudadano extranjero en su país. Estaba preparado también contra eso...

Se cambió de ropas tras una ducha reparadora, puesto que el clima local era tan caluroso como húmedo, y se dispuso a comenzar su aparente existencia como inofensivo corresponsal francés en territorio banakurano. Seguro, por otro lado, de que cada paso, cada movimiento suyo a partir de ahora, sería estrechamente vigilado por los agentes del apátrida Dubek, actual Comisario General de la policía y fuerzas de seguridad del principado, anterior reino de Banakur.

Bajó al vestíbulo, convencido de que también en muchos rincones del hotel, aun en los más insospechados, micrófonos e incluso, tal vez, cámaras ocultas de televisión en circuito cerrado, controlarían a todos los extranjeros de forma estrecha y casi continuada. Los sistemas policíacos le habían sido enseñados exhaustivamente a Ralph durante su preparación intensiva con los servicios de Inteligencia norteamericanos en aquellos últimos días, y esas técnicas formaban parte de las más elementales medidas de vigilancia sobre la población extranjera en un país totalitario, de régimen policíaco.

—Perdone... ¿Es usted inglés, caballero?

Se volvió. Uno de los hombres sentados en el vestíbulo, con cabello canoso, gafas de montura metálica e impecablemente vestido de gris, era quien se dirigía a él, incorporándose de una

butaca, apoyado en su bastón de empuñadura de plata. Ralph negó con la cabeza, sonriendo.

—No, señor —negó, con un inglés deliberadamente pronunciado con acento fuertemente francés—. Soy de París. Periodista.

—Oh, entiendo. Yo soy inglés. Hombre de negocios. He solicitado abandonar el país, a la vista de la situación, pero la policía local retiene mi pasaporte con no sé qué maldito pretexto. Es como tenerle secuestrado a uno con buenas palabras.

—Lo lamento. Yo acabo de llegar y no sé nada de eso. Temo no poder ayudarle.

—Claro que podría hacerlo —protestó el inglés—. Escriba lo que ocurre aquí en su periódico, diga la verdad de la situación en Banakur. Aquí nadie es libre, todos estamos sometidos al régimen establecido... Hay varios secuestrados norteamericanos en el Hilton, eso lo sabe todo el mundo. Pero también nosotros lo estamos aquí.

—Le repito que siento no poderle ayudar —suspiró Ralph, conciliador. He sido advertido sobre ciertas medidas de censura que impedirán que envíe mis reportajes con entera libertad. No deseo crearme problemas, ni que mi Gobierno los sufra por mi culpa, ya que las relaciones de Francia con el actual Estado de Banakur son cordiales.

—Perdóneme que se lo diga, *monsieur*, pero es usted un cerdo —se irritó el británico—. Creí que todo ciudadano occidental sería un amigo más, no un acomodaticio lacayo del príncipe Sanaka.

Fríamente, Ralph sonrió, inclinando la cabeza con falsa cortesía, aunque en su interior estaba de acuerdo con el indignado ciudadano de Su Majestad.

—Perdone, caballero —cortó glacial—. Creo que esta conversación es inútil e inoportuna para ambos. Buenas tardes.

—Váyase al diablo, *monsieur* —refunfuñó el caballero—. Si tuviese yo la edad que tenía cuando ayudé a expulsar a Rommel y a los nazis de África, otra cosa sería...

Y remachó, enérgico:

—¡El coronel Brian Spencer jamás se hubiera dejado humillar por un puñado de cochinos amarillos vendidos al extranjero!

Ralph sonrió para sí disimuladamente, aunque la actitud y mentalidad del viejo militar británico, ahora dedicado a los negocios, tenía mucho de patética y también de censurable. Era

muy propio de un inglés sentir desprecio por otra raza y por cualquier extranjero, y evocar las gloriosas gestas castrenses de otro tiempo. En cualquier otra época, pensó Davis, hubiesen citado las batallas de Kartum o de Khiber, glorias y purgatorios a la vez del orgullo británico colonial.

—El coronel es exagerado, pero tiene razón en ciertas cosas.

Se volvió a otro asiento cercano. Esta vez, era una voz de mujer la que se expresaba suavemente, mirándole con fijeza, y hablando en un excelente francés. Se encontró ante una mujer joven, rubia, de ojos muy azules y sonrisa fácil, como acurrucada en una de las grandes butacas tapizadas del vestíbulo del hotel, frente al bar.

—Los ingleses exageran siempre —rió Davis en su perfecto francés—. Y si son militares con entorchados de gloria, más aún. Viven anclados en el pasado y en su propio esplendor ya oxidado.

—Es usted cruel —replicó ella, risueña, enarcando sus doradas cejas—. Se nota que Francia e Inglaterra nunca fueron demasiado buenas amigas a través de la Historia.

—Quizás. ¿Usted no es inglesa?

—Cielos, no —rió, de buena gana la joven—. Ciertamente estudié un tiempo en Inglaterra, pero soy americana. No de los Estados Unidos. Canadiense. De Ottawa.

—Comprendo. ¿Negocios también?

—No. Periodismo. Como usted. Pero reportajes gráficos.

—Ya. No veo su cámara por parte alguna, habiendo tantas noticias en la calle.

—Los tanques y los soldados ya no son noticia en Yakung —medio bostezó ella—. Además, no tengo cámara.

—¿No? ¿Con qué hace las fotografías, entonces?

—Con una cámara... cuando la tengo —sonrió con fatalismo—. Me la quitaron.

—¿Se la han robado?

—No emplee palabras fuertes. No le gustan a la Junta Militar del príncipe Sanaka. Digamos que fue... «incautada» provisionalmente como medida precautoria en una investigación de mis actividades periodísticas en Banakur.

—Entiendo...

—No, no lo entiende —se irritó ella de repente—. Eso sucede cada día, a cada momento. Aquí no hay justicia ni honestidad.

Hacen lo que quieren. Nos tratan como a perros. No cabe la protesta ni la reclamación. Esto es un inmenso campo de concentración, donde cada extranjero es un cautivo potencial. No sabe dónde se ha metido, amigo.

—No se exalte. No quiero problemas con nadie, y menos con las autoridades de Banakur. ¿No se metió en algo feo para perder su cámara fotográfica, señorita?

—No, en nada. Me limité a hacer unas fotografías que consideraron inadecuadas. En vez de comportarse educadamente, me arrancaron la cámara a viva fuerza y luego me vinieron con suaves excusas y un documento que garantiza la devolución de mi cámara cuando el informe oficial se dé por concluido. Cosa que nunca se sabe cuándo puede ocurrir. Entre tanto, también mi pasaporte está en manos de las autoridades con otro pretexto ridículo. Creo que deberíamos sublevarnos todos por la fuerza y enfrentarnos a esas tropas valientemente.

—¿Para ser asesinados con una buena excusa? —replicó Ralph.

—Es igual. Al menos tendrían que matarnos. Eso sería un crimen ante la opinión mundial.

—La opinión mundial acostumbra a no ser demasiado eficaz cuando uno ha muerto o cuando un país es sojuzgado, señorita —sonrió Ralph, irónico—. Recuerdo hechos como los de Hungría o Checoslovaquia. Todos sabemos lo que opinó de ello el mundo. Pero eso no cambió nada.

—No es usted muy optimista que digamos. ¿O es que goza de sus simpatías el régimen de Banakur?

—No puedo decirle nada en ese sentido. Acabo de llegar. No conozco el país ni sus actuales características.

—Pues ya ha sabido algo, a través del coronel Spencer y de mí. Igual podrán decirle todos los de su raza. Y se lo dirían igual miles de asiáticos de este país, si no les mantuvieran amordazados de miedo a las feroces represalias de todo tipo.

—Es posible, pero el asunto, de momento, no me interesa. Hablaremos de él en otra ocasión, señorita, si no tiene inconveniente. ¿Me acepta ahora una copa, a condición de enfocar temas menos escabrosos y difíciles que el de la situación local?

—No, gracias —rechazó ella, altiva—. Es posible que no haya ocasión de hablar nuevamente. Tengo proyectado huir de este

infierno como sea, incluso sin pasaporte ni autorización oficial.

—Eso sería una locura.

—Quizás. Una hermosa locura —los grandes ojos azules le miraron, hostiles—. Pero usted oirá mencionar el nombre de Priscilla Ward en uno u otro sentido: como fugitiva del terror policial de Banakur... o como mártir del mismo en un intento de evasión, se lo aseguro.

—Confío en que sea por la primera razón —declaró Ralph, con una cortés inclinación, antes de reanudar su marcha hacia el bar—. De todos modos, le aconsejo que no lo intente.

Una mujer joven, hermosa e inteligente, no debe arriesgar así su vida.

—Un criterio muy francés. Pero muy cobarde también, *monsieur*.

Davis fingió no inmutarse por el agrio comentario de la periodista canadiense. Echó a andar hacia el bar, tranquilamente. Pidió allí un absenta, pero no había. Tampoco vio botellas de whisky en las estanterías. Se decidió por un vermut con hielo. Fumó un cigarrillo de marca francesa, pensativo.

La tensión era ostensible en todo el mundo, allí dentro. Era un clima que podía estallar en cualquier momento. Los extranjeros estaban siendo tratados como prisioneros auténticos. Le bastó remover disimuladamente las hojas de unas flores en uno de los numerosos floreros que adornaban el mostrador del bar, para descubrir un diminuto micrófono sin cable, prendido en la hojarasca del interior. Aquél era un auténtico nido de controles sobre los occidentales, no había duda. Aunque no fuese una prisión sin disimulos, como el Hilton, era otra forma de encierro y control más sutil.

Ralph Davis empezaba a comprender ahora lo difícil de su misión. Allí no bastaba con ser invulnerable a cualquier ataque contra su persona. Hubiera sido preciso que todos sus compatriotas, e incluso gentes como el coronel Spencer, la periodista Priscilla Logan y otros occidentales en su misma situación pudieran serlo, para desafiar a las armas enemigas y poder evadirse de la enorme prisión que era Banakur para todos ellos.

Sin embargo, ahora no sólo tenía que llegar de alguna forma al interior del hotel Yakung Hilton, sino que le era preciso localizar a los dos agentes americanos, facilitarles la evasión antes que a

ningún otro, y luego lograr que también los demás huyeran del país.

Demasiada tarea para un solo hombre, aunque su piel fuese indestructible. Hacía falta algo más que un cuerpo invencible frente al poderío enemigo. También era precisa astucia, habilidad... y suerte.

Apuró su vermut, consultando un mapa de Yakung que había tomado del mostrador de recepción del hotel, como cualquier otro turista. No dedicó su atención más que a un punto: el Yakung Hilton. Ése era su objetivo principal. Pero ¿cómo llegar a él y, sobre todo, cómo entrar y llegar hasta los veinte rehenes norteamericanos allí retenidos por las fuerzas militares del príncipe Sanaka?

Ése era el punto vital de su inmediato plan de acción.

Pero ni siquiera sabía cómo empezar tan compleja tarea.

Ralph despertó bruscamente. Se irguió en su lecho, convencido de que alguna causa extraña había provocado su despertar. Tenía el sueño ligero, se hallaba siempre alerta. Y no era fácil que el sueño se le hubiese interrumpido sin un motivo concreto.

No hizo ruido alguno. Se limitó a escudriñar las penumbras de su dormitorio desde las sábanas, con sus nervios tensos, todo él dispuesto a la acción.

Pronto comprobó que sus temores eran ciertos. No estaba solo en el dormitorio.

Una sombra se movía furtivamente por la estancia. Pudo descubrirla en dos ocasiones, recortándose contra la luminosidad suave de un ventanal. Sigiloso, apartó las ropas y se deslizó fuera del lecho. Avanzó agazapado.

Y, de repente, se arrojó sobre el intruso. Cayó encima de un cuerpo humano, captó una apagada imprecación, yambos rodaron violentamente sobre la alfombra. Su presa intentaba evadirse a la desesperada. Los fuertes brazos de Ralph evitaron que eso ocurriera. Pudo reducir y hasta inmovilizar a su adversario. Los jadeos sonaban apagados en la habitación.

—Bien, bien —silabeó Davis con voz ruda—. De modo que intentando robar, ¿no es cierto? Creí que en este país se había erradicado la delincuencia con el nuevo Gobierno...

—No, no... —susurró una voz mortecina—. No es lo que cree. Por el amor de Dios, suélteme, *monsieur Durand*... Yo le explicaré...

—Sí, va a necesitar explicar muchas cosas, quienquiera que sea

—dijo él con energía, logrando alargar un brazo, sin soltar su férrea presión sobre el intruso, y tirar del interruptor de luz de una lámpara de pie.

La claridad inundó parte de la estancia. Ralph pudo ver entonces con claridad a su cautivo. Lanzó una exclamación de sorpresa y desconcierto:

—¡Usted! ¿Qué significa...? —comenzó.

El bonito rostro juvenil de Priscilla Ward, la reportera canadiense estaba a sólo unas pulgadas del suyo. Los azules ojos le contemplaban asustados. Ralph no sabía qué decir. Recordaba muy bien que podía haber micrófonos por todas partes. Pero su extrañeza creció de punto cuando vio que entre los dedos de ella hasta tres pequeños discos metálicos con rejilla, firmemente sujetos. Tenían toda la apariencia de ser, en efecto, micrófonos especiales, desprovistos de cables, funcionando mediante micro transistores.

Ella asintió al verle mirar los objetos de metal. Su voz sonó apagada pero segura de sí misma al decirle roncamente:

—Sí, es lo que usted imagina. Micrófonos especiales. La habitación tenía tres. Como casi todas las del hotel. Entré a desconectarlos. Ya lo hice. Creerán que ha habido una avería. Y no podrán escucharnos ahora.

—¿Está segura de eso? —Ralph la miró, dubitativo—. Después de todo, no tengo miedo a que oigan lo que tengo que decir. Yo no oculto nada. Usted sí parece ocultarlo. ¿Por qué se metió aquí sin pedir permiso y aprovechando mi sueño?

—Ya se lo dije: quería desconectar estos micrófonos.

—¿Por qué? ¿Usted también tiene esta clase de chismes en su alcoba?

—Sí, como todos. Pero no los he quitado de dónde están.

—¿Por qué los suyos no y los míos sí?

—Porque tenía que hablar urgentemente con usted, *monsieur Durand*. ¿O prefiere que le llame por su nombre real... señor Davis?

Ralph se alarmó. Era más, mucho más de lo que esperaba. Miró ceñudo a su presa. Ella se permitió una sonrisa muy expresiva. Ralph se puso en pie soltándola. Trató de contemporizar.

—No sé lo que quiere decir. Soy Gerard Durand, periodista francés. ¿Quién es ese Davis que ha mencionado?

—Usted, mi querido amigo. No finja conmigo. No adelantaría

nada. Lo malo es que dudo mucho que los demás no lleguen a saber pronto quién es usted realmente. Ralph Davis, periodista americano, se ha hecho muy conocido última mente en Banakur. ¿Y sabe por qué?

—No me interesa en absoluto saberlo, pero si me lo dice, trataré de entender qué es lo que realmente está sucediendo aquí y por qué me confunde con otra persona.

—No sea ingenuo, señor Davis —sonrió ella, empezando a incorporarse, con un suspiro—. Vea esto. Hoy circulaba esta fotografía suya por Yakung. ¿Se reconoce?

Extrajo de su negra malla, con la que había salido a merodear de noche por el hotel, como un auténtico «Raffles», una cartulina cuadrangular, sin duda una fotografía Polaroid de tipo instantáneo. Ralph se estremeció al verla.

Era él mismo, con una selva al fondo. No resultaba difícil imaginar el lugar: un paraje selvático de Zambwana, el país africano donde estuvo a punto de morir fusilado.

Aun así, trató de seguir disimulando lo más posible.

—Soy yo, ciertamente —aceptó—. ¿De dónde la ha sacado? No sé cuándo fue tomada...

—Se lo diré con detalle: en las proximidades de Bonagu, capital de Zambwana, en África Central. Este hombre es Ralph Davis, periodista americano. Singularmente parecido, como se ve, a Gerard Durand, reportero francés. Es una copa que ha sido distribuida en Banakur por los servicios de Inteligencia de Janos Dubek.

—¿Qué tiene que ver Banakur con Zambwana? Distan miles y miles de millas entre sí, si no me equivoco...

—No sea ingenuo. Janes Dubek es algo más que el responsable de la seguridad de este Estado. Es un mercenario blanco, un soldado de fortuna. Forma parte del gran engranaje político e ideológico que se mueve en el gran tablero del mundo, sea en Banakur, en Zambwana o en otros sitios. Todos ellos son piezas de un mismo juego. Se conectan entre sí cuando conviene. Ha habido informes en Banakur sobre un periodista que fue cosido a balazos y, sin embargo, salvó la frontera. Suponen que iba dotado de un nuevo procedimiento de chaleco antibalas o de blindaje especial. Sólo ese explica lo ocurrido en África. En cuanto le identifiquen a usted con el mismo Ralph Davis de Zambwana, intentarán obtener de usted el

dato que les interesa: ese nuevo sistema de autodefensa contra balas y explosivos que les tiene tan intrigados. Yo obtuve esa copia por medios que no deseo revelarles. Y le he identificado. Ellos pueden hacerlo en cualquier momento con muchas más facilidades que yo, se lo aseguro. Creo que ha cometido un error al venir pretextando una falsa identidad. Si es un truco periodístico, resulta sumamente peligroso. Si es algo más, como sospecho... puede ser fatal para usted.

Davis comprendió que ya no podía fingir más. Ella sabía perfectamente quién era. Había entrado en su dormitorio en plena noche y desconectado los micrófonos de control de las autoridades de Banakur. No tenía más remedio que confiar en la canadiense.

—Está bien —suspiró—. Sería inútil fingir con usted. Soy Davis, como ha descubierto tan fácilmente. ¿Cree que la gente de Dubek conoce ya mi identidad real?

—No lo sé. Pero mañana o pasado, lo más tardar, lo descubrirán. ¿A qué ha venido para meterse en el propio avispero?

—Tengo que sacar de aquí a los rehenes norteamericanos.

—Oh, ¿es eso? —Hizo un gesto de escepticismo—. ¿Piensa lograrlo por sí solo?

—Es posible que sí.

—Está loco. Y los que le envían, más aún. Ni con todos los chalecos protectores del mundo podrá salir de este país con vida en cuanto sepan quién es usted. Y yo no puedo ayudarle, o me jugaría mi propia piel. Va a estar solo. Muy solo en Banakur, intentando sacar de aquí a esas personas.

—Aceptaré todos los riesgos. Esas personas deben volver a ser libres.

—Usted no resolverá el problema. Posiblemente, después de todo, se convierta tan sólo en un rehén más, si es que vive para contarlos. Esta gente es muy dura con los espías extranjeros.

—Lo sé. ¿Usted de qué lado está, exactamente?

—De ninguno —sonrió fríamente ella—. No quiero correr riesgos. Ahora ya sabe cómo están las cosas para usted en este país. Voy a reintegrar los micrófonos a su sitio, y conectarlos de nuevo. Mañana, decida lo que más le conviene.

—Gracias por el aviso, señorita Ward. Parece que es usted una chica muy lista. Sólo así se explica que sobreviva en Banakur con

cierta libertad, que conozca los métodos informativos del mercenario Dubek, y que haya podido hacerse con mi fotografía en Zambwana.

—No soy tonta. Pero tampoco puedo hacer milagros. Hágame caso, mientras le sea posible, márchese de Banakur. Es un consejo saludable, señor Davis...

Y en silencio, puso los micrófonos en tres sitios diferentes: el interior de un jarrón, la rosca de una lámpara y detrás de un espejo. Los manipuló, y le indicó por señas que ya estaban en funcionamiento.

También con un gesto, Ralph afirmó, saludándola ceremonioso. La canadiense sonrió, encaminándose a la salida de la habitación. Una vez a solas, Ralph encendió un cigarrillo y meditó largamente, dándole vueltas a cuanto le había dicho la periodista.

Demasiado pronto se descubría su juego. Todo iba a ser infinitamente más difícil de lo imaginado por los servicios de Inteligencia de su país, incluso contando con su singular capacidad física actual que ni siquiera la propia Priscilla Ward sospechaba.

Pero ya no podía volverse atrás, ocurriera lo que ocurriera. Para bien o para mal, debía seguir adelante. Hasta el fin.

Se acostó, tras una serie de reflexiones. Logró conciliar el sueño. Su nuevo despertar tampoco fue agradable.

La habitación aparecía llena de uniformes militares de Banakur, y un oficial, cuadrándose ante él, procedió a mostrarle los fusiles ametralladores enfilados hacia su persona desde los brazos de sus hombres.

—Lamento que tenga tan mal despertar, señor Davis —dijo fríamente el oficial en inglés—. Tengo órdenes expresas de la Jefatura de Seguridad Nacional respecto a usted. Se le arresta como espía extranjero, enemigo de Banakur y de su pueblo. Si intenta algo, tenemos órdenes de disparar a matar sin contemplaciones.

—Pero yo me llamo Durand y soy... —comenzó Ralph, tratando de mostrarse aturdido.

Sin embargo, enmudeció enseguida. Tras los militares armados, con una helada sonrisa en el rostro, había descubierto las bonitas facciones de Priscilla Ward, la reportera canadiense.

Estaba en la puerta de su habitación, junto a otro oficial de Seguridad. Y se limitó a decir, al ver que la mirada de Davis se

fijaba en ella con sorpresa y reproche:

—Lo siento, señor Davis. Olvidé decirle anoche que trabajo para los servicios de Inteligencia de Banakur por mi gran amistad personal con su jefe, Janos Dubek...

CAPÍTULO VI

—Bien... Aquí estoy, señores. Ahora ya somos veintiún rehenes...

Y extendió sus brazos en un gesto expresivo, sonriendo tristemente al nutrido grupo de cautivos que le recibían en aquella amplia sala del moderno hotel Yakung Hilton.

La puerta se cerró tras él. Los numerosos soldados y oficiales armados con subfusiles modernos y pistolas automáticas, quedaron fuera de su vista. Pero lo invadían todo, dentro de aquel hotel. La fuga era imposible, enfrentándose, a tal número de armas y hombres. Serían cosidos a balazos en escasos segundos, sin posibilidad de evasión. Todas las medidas, estaban bien tomadas. Dos tanques tomaban posición estratégica ante el hotel, y varias tanquetas blindadas cubrían las salidas del mismo, con sus respectivas dotaciones.

—Vaya por Dios... ¿Y usted vino a este país para ayudarnos a salir de aquí? —se quejó amargamente uno de los cautivos.

—Ésa era la idea de nuestro Gobierno —suspiró Ralph Davis—. Lamento haber fracasado tan rotundamente.

—Pero ¿cómo se les ocurrió enviar a un hombre solo? Es cosa de locos —protestó otro airadamente.

—Había un plan previsto —replicó Davis—. Pero me temo que no resulte ya.

—Por supuesto —una mujer era quien se lamentaba ahora, apartándose de una ventana—. No es fácil que resulte, si usted era nuestra oportunidad única... y ahora forma parte del grupo de rehenes en poder de esos miserables.

—Calma a todos, por favor —pidió Ralph—. El que yo esté aquí ahora, no significa perder toda esperanza. Algo se hará por todos nosotros, no les quepa duda.

—No me haga reír —se mofó otro con gesto malhumorado—.

Washington cree que puede manejar fácilmente, a esos locos. El príncipe Sanaka es un fanático oriental enemigo de todo lo que signifique Occidente. Su hombre de confianza, Dubek es un apátrida sin honor ni conciencia, un vulgar mercenario, de esos que se llaman «perros de la guerra» a quien sólo interesa el beneficio fácil. Y lo tendrá mientras sea leal al príncipe y a sus aliados extranjeros.

—Washington conoce la situación mejor de lo que creen. Pero no hablemos de ello ahora. Es posible que esto esté repleto también de micrófonos, para saber lo que hablamos entre nosotros todo el tiempo. Vale más no decir nada que pueda serles útil a nuestros captores.

—Lo dudo mucho, amigo mío —protestó uno de los rehenes, un joven enjuto, de cabello pajizo, ojos muy claros y rostro pecoso, con aire de adolescente que sólo el grosor de los vidrios de sus gafas convertían en cierta apariencia de intelectual—. Estamos perdiendo aquí las esperanzas día a día. Estamos seguros de no salir nunca con vida de este maldito país.

—No se desesperen tan pronto —Ralph miró fijamente al que hablaba—. ¿Cuál es su nombre y ocupación, exactamente?

—Me llamo Todd Miller y soy simplemente un funcionario de Embajada de ínfima condición, señor —explicó el joven con voz entristecida—. Sin embargo, aquí estoy con todos los demás, esperando lo que pueda sucedernos, que no será nada bueno, estoy seguro.

—Y todo, porque dos de nosotros no quieren revelar su identidad real —apoyó con sequedad otro prisionero, acercándose a ellos—. Creo que esa gente está jugando con nuestras vidas de un modo egoísta y cobarde. Si hay entre nosotros dos miembros de los servicios de Inteligencia norteamericanos que poseen algo que aquí desean obtener, creo que lo honesto y lo humanitario para todos los demás, sería que lo revelasen a nuestros carceleros, para que los demás podamos salir de aquí sanos y salvos.

El que hablaba era un hombre maduro, de cabellos canosos y rostro apacible, enmarcado por una bien cuidada barbita grisácea. Sus ojos oscuros revelaban ira.

—Está usted en un error —replicó Davis—. Si esas dos personas hablasen, sucedería algo irreparable, de fatales consecuencias para nosotros, para el país entero, y quizás para el mundo. No podemos

ser nosotros los egoístas en tal caso, señor...

—Profesor. Profesor Arthur McNamara —se apresuró a presentarse el otro, cortés pero fríamente—. Pertenezco a la Interamerican Chemical Company, en su sucursal de Yakung. Todos los funcionarios y técnicos de la empresa hemos sido también hechos prisioneros, como supuestos agentes activos del imperialismo americano, ¿no es eso ridículo, señor mío?

—Todo esto es ridículo y dramático a la vez —suspiró Davis, pensativo—. Pero debemos aceptarlo con todas sus consecuencias. Y tratar, a la vez, de mantenernos fuertes y seguros de nosotros mismos el mayor tiempo posible.

—Eso se dice fácilmente cuando se acaba de entrar aquí, amigo mío —y esta vez era una voz suave de mujer la que le replicaba con cierta acritud.

Ralph se volvió, contemplando a la dama de cabellos negros, cortos y sedosos, ojos oscuros y relampagueantes, tez pálida y expresión altiva. Vestía de un vivo tono rojo, un vestido oriental de seda o satén, muy ceñido a su cuerpo espléndido, de pletóricas formas. Una abertura lateral mostraba hasta su bien formado muslo. No parecía en modo alguno lo que se dice una dama. Y ella misma se echó a reír cuando captó la expresión de Davis.

—No me mire así —dijo burlona—. Soy compatriota suya, amigo, pero no me consideran precisamente una mujer respetable, entre tanto personal técnico, diplomático y comercial como hay en este hotel. Mi profesión era muy otra en Banakur cuando llegó el golpe de Estado del príncipe Sanaka. Creo inútil decirle cuál, ¿no le parece? Pero me iba bien en ella, tenía un local propio y una buena clientela en el barrio más alegre de Yakung, que hoy ocupan los soldados y los tanques de los rebeldes. Mi nombre es Sharon Stowell, y me hubiera gustado conocer a un tipo tan guapo como usted en mi negocio y no aquí, en estas circunstancias, muchacho.

Rió irónicamente, acariciando con sus largos dedos manicuradas, de afiladas uñas esmaltadas de rojo brillante la barbilla de Ralph. Luego se alejó, mientras alguien farfullaba cerca de Ralph Davis:

—Es una ramera, maldita sea. No me gusta compartir con ella esta prisión. ¡Una americana que vendía su cuerpo en este sucio rincón asiático del mundo! Deplorable, ¿no? —Y al mirar Ralph a la dama rubia, madura y elegante, que había hablado, ésta añadió acto

seguido con cierta arrogancia—: Yo soy la esposa del embajador norteamericano en Yakung, señor. Mi nombre es Katherine Forbes.

—Entiendo —asintió Ralph—. ¿Dónde está el señor Stuart Forbes, su esposo?

—En otra sala, hospitalizado dentro de este mismo hotel. Sufrió una crisis nerviosa al ser arrestado como si fuéramos delincuentes. No se ha recuperado aún...

Davis no dijo nada. Extraña mezcla de ciudadanos americanos la reunida a viva fuerza en los salones del Yakung Hilton, pensó para sí: funcionarios diplomáticos, damas de buena familia, profesores de química industrial... y hasta una prostituta profesional. Meneó la cabeza con desaliento.

—Tenernos que salir todos de aquí —murmuró—. Pero ¿cómo, por todos los diablos?

Llevaba allí poco tiempo prisionero, cuando se abrieron las puertas de la sala, y todos los cautivos giraron la cabeza, entre alarmados y esperanzados. Ralph descubrió la llegada de un grupo de soldados que cubrieron a los prisioneros con sus armas, mientras dos personajes se adelantaban unos pasos, mirándoles con curiosidad.

Uno de esos personajes lo conocía bastante bien, para su desgracia. Era Priscilla Ward, la periodista canadiense, la misma que le había traicionado tras ganarse su confianza la noche anterior.

A su lado, un hombre alto, delgado, de cabello muy rubio, facciones eslavas, ojos verdes, helados como los de un reptil, y expresión sardónica en sus delgados labios, mostraba un uniforme de oficial de alta graduación de las Fuerzas Armadas de Banakur, y fue quien, en un inglés correcto, aunque de leve acento extranjero, se dirigió a todos ellos con tono glacial:

—Señores: como verán, tienen un nuevo compañero, el señor Ralph Davis, otro americano que fingió ser ciudadano francés, y llegó a Banakur con el propósito de rescatarles a todos ustedes. Con esa captura, desgraciadamente para ustedes, pierden su última esperanza de evasión.

—¡Esto es una infamia! —clamó airadamente el joven empleado de la embajada—. ¡No tienen derecho alguno a retener aquí a un puñado de personas inocentes!

—En cierto modo, joven, tiene usted razón —afirmó el hombre

de ojos verdes, que Ralph sabía que no era otro que Janos Dubek, el mercenario puesto al frente de los servicios de seguridad del Estado por el príncipe Sanaka—. Pero no es culpa nuestra, sino suya. Bastará que dos de ustedes confiesen trabajar para los servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, y proporcionarnos la información que poseen, para que todos los demás sean liberados de inmediato. Y ellos mismos, una vez confesado cuánto saben, serán llevados sanos y salvos a la frontera. No nos interesan sus vidas, sino lo que conocen respecto a un asunto altamente secreto, de interés nacional. He venido a darles un ultimátum que espero atiendan, porque no habrá otra oportunidad. Lamentándolo mucho, si dentro de una hora no se han entregado los dos americanos que menciono... tendré que cumplir una ingrata misión. Esa misión será ordenar el fusilamiento inmediato de todos ustedes, como supuestos agentes extranjeros que conspiran contra este país.

—¡Fusilarnos a todos! —exclamó la señora Forbes, la esposa del embajador, palideciendo intensamente—. ¡Eso es un crimen, una infamia sin nombre! ¡No pueden hacer eso con nosotros!

—Aquí, señora Forbes, se hace *todo* lo que yo ordeno —la replicó heladamente Dubek—. El poderío de su país nos tiene sin cuidado a nosotros. Se lo repito: dentro de una hora, serán todos fusilados sin remedio, si los personajes a quienes me refiero no han abierto la boca. Saben que hablo en serio. Disponen de sesenta minutos para pensarlo.

Dio media vuelta, iniciando la salida. Tras él, en silencio, caminó la bella canadiense, tras dirigir una mirada pensativa e inexpresiva a Davis, que la contemplaba con frío reproche. Salieron del recinto, cerrando las puertas tras de sí.

Hubo un denso, profundo silencio. De pronto, una voz dijo con tono apagado:

—Creo que no vale la pena seguir aguardando más... Voy a entregarme, señores. Y espero que mi desconocido camarada en esta misión, lo haga también, rodo es preferible a verles morir a todos ustedes, personas inocentes.

Ralph pestañeó, mirando al primer agente norteamericano que se había delatado espontáneamente a todos: era el profesor Arthur McNamara, el hombre de la barbita canosa, funcionario técnico de una empresa química norteamericana en Banakur.

—Usted... —murmuró Ralph, abatido—. ¿Cree que eso va a resolver algo?

—Cuando menos, evitará un fusilamiento masivo y criminal —sonrió tristemente el químico, encogiéndose de hombros—. Sólo espero que mi compañero en esta tarea, a quien personalmente desconozco, se comporte igual. Tenemos que darnos por vencidos, no hay ya otro remedio...

—Es cierto, profesor. Ignoraba que fuese usted mi compañero en esto. Ya me entrego. Es preciso salvar a los demás al precio que sea...

Davis sí se llevó esta vez una sorpresa. Y muchos de los presentes también. ¡El segundo agente especial norteamericano en Banakur era la supuesta prostituta, Sharon Stowell!

—¡Usted! —clamó la señora Forbes, estupefacta—. No es posible...

—Cada cual elegimos un papel a representar, señora —sonrió la falsa ramera de hermoso cuerpo y formas agresivas—. Lo lamento. Entre el profesor y yo es evidente que conocemos un secreto, mitad y mitad, que puede ser decisivo. Pero no podemos hacer otra cosa, él tuvo razón.

—Mi querida amiga... —jadeó el profesor McNamara—. Jamás hubiera pensado en usted como mi misterioso colega... Y eso que estoy curado de espantos en la vida. ¿Qué hacemos entonces? ¿Entregarnos ya?

—Sí —musitó la joven de oscuros ojos—. Cuando quiera, profesor...

Se encaminaron ambos a la salida. Ralph Davis se mordió el labio, impotente. De nada le servían sus facultades ahora. Había ido a Banakur a intentar salvar a aquellas dos personas, precisamente, y en su presencia tenían que entregarse ambas para salvar las vidas ajenas en peligro. No podía decirse que su misión fuese un éxito, pensó con amargura.

Salieron de la vasta sala ocupada por los restantes rehenes. Ralph se dejó caer en un asiento, anonadado. Todd Miller, el joven de las gruesas gafas, se le aproximó lentamente, permaneciendo en pie a su lado.

—No se lamente, amigo mío —murmuró—. Nadie puede hacer nada por evitarlo. Lo malo es que sospecho que ese maldito Dubek

nos hará asesinar de la misma manera.

—Pienso igual —afirmó Ralph, mirando con fijeza a su joven compañero de cautiverio. ¿De qué habrá servido el sacrificio de esos infortunados?

—Voy a decirle algo: existe un medio de salir de este hotel.

—¿Qué? —Ralph le miró con fijeza, sorprendido—. ¿Está seguro?

—Totalmente. Si llegamos a cierto lugar, podríamos intentarlo, antes de que fuese demasiado tarde...

—¿Por qué no lo dijo antes? Podría haber evitado que ellos se entregasen...

—No es sencillo conseguir lo que le digo, de todos modos. Es un lugar que pueden batir fácilmente con sus armas, acribillándonos si nos ven pasar. Sólo si tuviéramos una coraza antibalas podría tener éxito el intento. Como he oído decir a esos soldados, cuando le trajeron aquí, que usted parece poseer un chaleco antibalas o una coraza especial que rechaza incluso ráfagas de ametralladora... se me ocurrió la idea. Claro que no tendrá aquí ese maravilloso ingenio que ellos mencionaron, si es que existe...

—Existe —afirmó Ralph, mintiendo sólo en parte—. Y podría utilizarse. ¿Cuál es su plan?

—Se lo voy a decir —el funcionario de la Embajada bajó la voz—. Escuche...

La puerta se abrió lentamente. Sharon Stowell regresó con los demás. Su paso era lento, su expresión demudada. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas. Traía el rojo vestido desgarrado de tal modo, que uno de sus hermosos senos asomaba desnudo por entre los jirones. Alguien había golpeado su rostro, marcándolo con una hematoma.

Rápida, en un rasgo humanitario que compensaba su anterior hostilidad, la señora Forbes corrió hasta ella y la acogió en sus brazos, llevándola a un asiento. Ralph también se aproximó a ellas con celeridad, ansioso de conocer lo ocurrido.

—¿La han maltratado esos salvajes? —preguntó con aspereza.

—Sí, lo hicieron —musitó ella roncamemente—. Cuando me negué a hablar... Luego, me aplicaron pentotal. Creo que les he contado cuánto sabía... Estúpida de mí...

—¿Y el profesor McNamara? ¿También a él le están torturando?

—¿El profesor? —Sharon soltó una agria, amarga carcajada—. ¿Saben una cosa? El profesor McNamara era mi compañero en esa misión secreta, sí. Pero conforme a las instrucciones, él sólo debía conocer la mitad del secreto y yo la otra mitad. Sin nuestras dos mitades, el secreto era incompleto y no significaba nada. Pues bien: ¡el profesor *es un traidor*!

—¿Qué? —exclamó la esposa del embajador, dando un respingo.

—Lo que han oído —suspiró Sharon—. Se vendió a ellos. Pero su mitad del secreto no valía nada. Necesitaba la mía.

Y por eso me hizo caer en esa trampa, al fingir entregarse. Trabaja por dinero para Janos Dubek. Ha traicionado a su patria... y a todos nosotros.

—El maldito rufián... —Davis encajó sus mandíbulas—. Ya es la segunda traición en poco tiempo. Dubek es muy hábil para ganarse aliados, no hay duda. Sharon, ¿qué clase de secreto compartían ustedes dos?

—Unas palabras cifradas, en el código especial, que un agente secreto del anterior Gobierno de Banakur nos reveló, antes de matarse para no revelarlo a los rebeldes. Yo recibí medio mensaje. Y el profesor McNamara el otro medio. Completos, revelan algo muy importante para este país, para sus actuales gobernantes... y para sus aliados. Pero totalmente negativo para los Estados Unidos, por muchas razones.

—¿Y ese secreto es...?

—Uranio —dijo ella gravemente, clavando sus negros ojos en Ralph—. Uranio muy puro y rico, señor Davis. Hay grandes yacimientos ocultos, en las montañas del norte de Banakur, donde terminan los arrozales. Con nuestros datos, ellos tienen el emplazamiento exacto de esos yacimientos. El uranio enriquecido, no sólo convertirá a Banakur en una potencia económica, sino que proporcionará una fuente inagotable de energía nuclear a sus aliados. La bomba atómica pronto la poseerá este país, a cambio de su uranio, y eso significará la guerra total y aniquiladora en el Sudeste asiático...

Davis asintió, sombrío. Era una noticia realmente terrible. Con súbita decisión, se volvió al joven funcionario Miller. Y dijo enérgicamente:

—Vamos, amigo mío. No perdamos tiempo. Hay que intentar

evadirse de aquí hoy mismo, en cuanto oscurezca.

—¿Hoy? —repitió Miller con asombro—. Pero... pero ¿y su protección especial, señor Davis, esa especie de chaleco o coraza de que me habló? Sin él, no podemos hacer nada. Nos cazarían como a conejos...

—No se preocupe por eso —sonrió duramente Davis—. Tengo esa coraza más cerca de lo que supone... Cuente con ella para que intentemos la fuga esta noche. Eso es todo.

CAPÍTULO VII

Ralph Davis clavó sus ojos en el negro cielo sobre la capital de Yakung. Estaba nublado, las estrellas no eran visibles y el aire, húmedo y bochornoso, presagiaba lluvias. En aquellas latitudes asiáticas, esas lluvias acostumbraban a ser torrenciales y a durar mucho tiempo. Se preguntó si eso podría beneficiarles o perjudicarles en su intento de evasión del Yakung Hilton.

Mientras aguardaban a que la oscuridad fuese lo bastante intensa, pese a que los reflectores de las unidades militares apostadas en torno al hotel barrían con monocorde e inmutable insistencia las paredes y ventanas del mismo, Davis medía mentalmente los últimos detalles del plan.

Era arriesgado. Suicida, de no contar con él. Nadie podría salvar a tiempo el breve espacio que separaba una de las ventanas traseras del hotel de aquel vecino edificio antiguo del que el joven Miller aseguraba que poseía un oculto acceso a unos subterráneos ya olvidados incluso por los nativos del país, que en otro tiempo fuera refugio, al parecer, de piratas chinos o cosa parecida, con salida directa al litoral asiático, por un laberinto de grutas profundas.

Todd Miller, estudioso de la antigua historia de Asia, había conocido ese secreto tiempo atrás, a través de un historiador local de avanzada edad, fallecido precisamente durante los bombardeos que precedieron al golpe de Estado en Banakur. Según Miller, aquel hombre era el único que conocía la existencia de esos subterráneos en la actualidad, a los que se llegaba mediante un acceso en el alcantarillado del vecino edificio, un sólido bloque de ladrillo que fuera en otros tiempos sede oficial de un empresa británica ya disuelta.

Los actuales gobernantes de Banakur era posible que nada supieran de tal hecho. Y cuando llegaran a saberlo, Davis confiaba en que llegasen demasiado tarde para impedir la evasión. Ciertamente que

no podría evitar que vieses huir a los cautivos, y eso significaría que las tropas entrarían a saco en la casa vecina para exterminarles. Pero su esperanza estaba, precisamente, en alcanzar los accesos del subsuelo antes de que los soldados entrasen. Si se conformaban de momento con bloquear el edificio, estarían salvados.

Pero faltaba algo que el joven Miller consideraba imposible de todo punto: cruzar las veinte personas cautivas —Davis suplía ahora la ausencia del traidor profesor McNamara en el grupo—, una a una, por la estrecha cornisa situada entre la ventana elegida para la fuga y el punto desde donde era accesible el viejo edificio vecino, a unos metros por debajo del nivel del hotel.

Llevaban cuerdas para el intento, pero los focos barrerían inexorablemente el espacio preciso para su evasión, ya que tardaban justamente veinte segundos en iluminar un punto de nuevo, y este tiempo era insuficiente para cada travesía personal.

Ahí entraba la esperanza del joven Miller en la «coraza» o «chaleco antibalas» de Davis. Pero al no ver en el cuerpo del americano huella alguna de ese mágico medio protector, eran lógicas las suspicacias y dudas del funcionario diplomático.

—No tenga miedo, Miller —le había dicho Davis poco antes, con voz firme—. Cuando se inicie el intento, le prometo que esa coraza protectora estará conmigo, para proteger de las balas a los rehenes. Confíe en mí.

Y ahora iban a comenzar la gran empresa. El intento supremo y definitivo.

Ralph Davis fue el primero en salir por la ventana, ante la mirada angustiada de sus compañeros. Caminó pegado al muro, por la estrecha cornisa, suficiente sin embargo según sus cálculos para dos personas bien juntas, a un paso lento. Cuando llegó a la esquina del edificio, había contado justamente quince segundos. De un momento a otro, el foco de los soldados pasaría sobre él, delatándole.

Arrojó la cuerda a la azotea vecina, situada cosa de unos diez metros por debajo de su actual nivel. Se agazapó cuando el foco barrió el muro, virtualmente aferrado a la pared, con sus pies en el aire. El foco pasó en un segundo. Recuperó el aliento y pisó de nuevo en firme. Eso no podría hacerlo cuando protegiera a otras personas.

Sujetó la gruesa sogá a un saliente de hierro del Hilton, y dejó caer su longitud hasta la vecina azotea. Todo estaba ya a punto. Regresó con rapidez al hotel, entrando por la ventana cuando faltaban dos segundos para el paso del foco.

—Ya está —resopló, mirando a sus ávidos espectadores del interior—. Todo a punto. Tal vez apresurándonos un poco, podamos cruzar la cornisa sin que nos revele el foco. Pero será imposible hacer lo mismo en el descenso al edificio vecino, recuérdenlo. Los soldados acudirán aquí inmediatamente, para impedir la evasión de todos, mientras otros se dirigen a la casa vecina. Somos veinte personas, de modo que hacen falta diecinueve viajes míos, cubriéndoles a ustedes. A un promedio de quince segundos por cada uno, debemos calcular una totalidad de tiempo de cuatro minutos o muy poco más. En esos cuatro minutos, es preciso retener lo más posible a los soldados enemigos. ¿Has asegurado bien la puerta por dentro?

—Sí —afirmó Sharon—. Pero esa muralla de muebles no soportará más de treinta segundos.

—Puede ser suficiente —sonrió Davis—. Porque vamos a incendiarlo todo antes de iniciar la evasión. El humo y el fuego pueden retenerles por más tiempo, sin poder entrar. Los últimos en salir, deberán mantener en todo momento sus pañuelos mojados pegados a boca y nariz, para respirar mejor y no sufrir asfixia. Adelante.

Señaló a la primera persona: la señora Forbes. Ella vaciló:

—Mi esposo, señor Davis... —sugirió—. Él está enfermo y debe ser el primero...

—No, no. Antes es preciso probar con otros que recojan a su esposo al descender. No discutamos. El tiempo es precioso a partir de este momento. Usted, Miller, prenda fuego a esos muebles cuando haya depositado a la señora Forbes en el edificio vecino. Es todo.

Asintió el joven. Ralph asomó a la ventana. Esperó a que pasara el foco. Rápido, saltó a la cornisa exterior, tomando a la señora Forbes consigo. Comenzó el paso de la cornisa sobre el suelo de la calle. La señora Forbes, valerosa y firme, avanzó a buen paso. El cuerpo de Ralph la cubría casi totalmente del exterior, protegiéndola.

—Si disparan... le darán a usted —jadeo la mujer, angustiada, sin dejar de andar.

—No terna por eso —sonrió Davis—. Llevo ya mi protección especial...

—Pero su cabeza... —dudó ella.

—Cálmese. No ocurrirá nada.

Daba su espalda al exterior, para evitar que sus ojos corrieran riesgo alguno con las balas enemigas. A los dieciséis segundos alcanzaban la esquina. Ralph hizo tomar la sog a la señora Forbes con las manos envueltas en un trapo. Él aferró esas manos con una sola, y la otra aferrada a la sog a. Comenzaron el descenso.

Inevitablemente, la luz cayó sobre ellos. Un cerco blanco les deslumbró. Abajo, en la calle, hubo una imprecación, voces y carreras en el asfalto. Sonaron varios disparos.

Algunas balas mordieron el edificio del hotel. Otras silbaron sobre ellos. Ralph notó en sus espaldas dos o tres impactos, apenas perceptibles. De no ser invulnerable, hubiera caído al vacío, arrastrando consigo a su protegida.

Cayeron en la azotea vecina, mientras abajo arreciaban los gritos y carreras. Ralph, rápido, soltó a la señora Forbes, escaló la pared con la sog a, regresando a la cornisa. Varios reflectores barrieron la fachada posterior en su busca. Zumbaron las balas, rozándole o arañando sus brazos y piernas.

—¡Rápido el siguiente! —ordenó, asomando al interior.

En ese momento, Miller prendía fuego a los muebles apilados sobre la puerta. Comenzaron a arder sofás, mesas, butacones, armarios y toda clase de mobiliario. El humo se elevó con rapidez del tapizado en llamas.

De nuevo el cruce de la cornisa. Esta vez, alumbrados por varios focos, bajo un rosario de proyectiles de fusiles ametralladores. Ralph cubría celosamente a su nuevo compañero. Notó rebotes de balas en su espalda, piernas y cabeza. Era una sensación rara, indescriptible. Su acompañante le miró con asombro, notando las sacudidas del cuerpo de Ralph, pegado al suyo como una coraza protectora en la que rebotaban los proyectiles.

—Es... es increíble —jadeó—. ¡No logran perforar su chaleco protector!

—No —sonrió Davis—. Ya les dije que era muy especial...

El descenso a la azotea, siempre cubriendo al fugitivo, se hizo en medio de un alud de balas. La calle hervía de disparos rabiosos. Alguien disparó una granada con un arma especial, cuando regresaba Ralph a la ventana. Abrió un boquete en el muro cerca de él.

La segunda granada le estalló encima, sobre el hombro y el cuello. Cerró los ojos para protegerlos de cualquier impacto de metralla. No podía olvidar que ése era su único punto vulnerable.

La ventana de nuevo, y vuelta a empezar. Abajo, tropas armadas hasta los dientes corrían a la puerta del hotel. En el exterior del salón destinado a prisión de los rehenes, se gritaba con rabia al ver surgir el humo y las llamas que impedían toda aproximación de sus celadores. Pero aun así, el tiempo iba en contra de ellos, y lo sabía muy bien Ralph. Otras patrullas se dirigían al edificio vecino, acordonándolo.

—Mientras se conformen sólo con eso y no suban a la azotea...

—murmuró Ralph, confiado en que la propia convicción de sus enemigos en impedirles toda evasión de aquel viejo edificio, les haría conformarse, quizás, con bloquear toda salida para cazarles luego de una vez.

Vez tras vez, Ralph cruzaba la cornisa con otra persona cubierta con su propio cuerpo a guisa de protección blindada. Balas, granadas y toda clase de proyectiles dirigidos hacia ellos, se estrellaban sobre la indestructible figura de Ralph.

Era un espectáculo increíble, realmente fantástico, que sólo lograba provocar el estupor entre los tiradores apostados en la calle. Un oficial nativo clamó, airado, al ver pasar a Davis con su protegido, por séptima vez, sin sufrir herida alguna:

—¡Avisad urgentemente al señor Dubek! ¡Ese americano ha logrado traer consigo, de alguna forma, el chaleco protector de que hablaban, y no se le puede abatir! ¡Además, está sirviendo de protección a los restantes americanos! ¡Acordonad toda la zona, que no puedan salir en modo alguno del edificio vecino!

El humo y las llamas, en el Hilton, eran cada vez más densos, y era de todo punto imposible que los soldados penetraran en la sala desde donde se evadían los cautivos. En la casa vecina, el cerco militar era completo. Nadie podría salir de allí, por tanto la evasión en sí parecía destinada al fracaso, a juicio de los militares nativos.

Davis pasó al enfermo embajador, a Sharon, a los demás, en inexorable sucesión, hasta que, finalmente, se encontró solo en la cornisa, sin nadie más a quien ayudar. La sala estaba vacía. No era preciso regresar. Los soldados estaban comenzando a salvar la entrada, con máscaras antigás y trajes de amianto. Todo eso les había llevado demasiado tiempo.

Saltó a la azotea vecina. El grupo de evadidos corrió, guiado ahora por Miller, que había trazado unos planos toscos y nítidos, evocando las explicaciones de su amigo, el historiador, sobre el dédalo subterráneo de los antiguos piratas.

—Utilicemos el hueco del ascensor, sin bajar por las escaleras —sugirió Miller—. No hay corriente eléctrica en la casa. Podemos descender por los cables del viejo ascensor, hasta el sótano. Eso impedirá que nos encontremos con alguien. Una vez abajo, sé dónde buscar la salida...

Davis asintió. Pero algo se hizo girar la cabeza con alarma. Era el motor de un helicóptero, sobrevolando la azotea del edificio. Un potente reflector cayó de repente sobre la misma. Tuvo el tiempo justo para situarse ante la puerta metálica que habían abierto sus compañeros, y por la que desaparecían ya, camino del hueco del ascensor.

Una rociada de balas le alcanzó en pleno pecho y piernas, así como en el rostro, mientras cerraba velozmente los párpados. Se estremeció, sacudido por aquella «vorágine» de metal candente, pero sin sufrir más daño que el desgarró de sus ropas en varios puntos. Las balas rebotaban en su piel indestructible, saltando luego lejos de sí, ante el horror e incredulidad de los ocupantes del helicóptero militar de Banakur.

—¡Pronto, desciendan todos ustedes! —ordenó a los demás—. Yo debo cubrirles aun... ¡No pierdan tiempo!

El helicóptero se posó en la amplia terraza. Dos hombres uniformados saltaron del mismo, disparando sobre él rabiosamente con sus metralletas. Su pasmo fue total cuando advirtieron que el cráneo y rostro de Ralph Davis rechazaba las balas como la piel de una foca repele el agua. Se miraron entre sí, atónitos. Ralph corrió hacia ellos, les aferró ambas armas, mientras éstas vomitaban balas sobre él estérilmente, y les arrojó por el parapeto de la azotea. Chillaron, al ser lanzados a la calle, sobre cuyo asfalto chocaron

mortalmente. Otra arma, desde el helicóptero, rugía sobre él, con total inutilidad. Ralph volvió dispuesto a seguir luchando.

Y cometió un error.

Entreabrió los ojos, para guiarse hacia el enemigo. El reflector del helicóptero casi le cegó. En ese momento, una granada lanzada sobre él, reventó sobre su brazo, sin herirle. Pero un trozo de metralla salió disparado hacia su rostro.

Notó el impacto en un ojo. Lanzó un alarido de dolor supremo. Notó una repentina ceguera, algo cálido le corrió por el párpado y la mejilla...

Cayó de rodillas, jadeante, intentando recuperarse del intenso dolor que lograba martillar su cerebro, aturdiéndole. El tirador que quedaba con vida en el helicóptero aprovechó el momento. Fue hasta él y le pegó un culetazo en los ojos. Ralph cayó de espaldas, sacudido por un dolor insoportable, su cerebro atravesado por mil alfileres lacerantes. Y perdió la noción de todo.

CAPÍTULO VIII

—De modo que es eso...

Abrió los ojos. No del todo. Sólo pudo ver bien por un ojo. El otro no sólo estaba hinchado. Lo tenía cubierto por un esparadrapo y gasas. Pero le dolía interiormente. Notaba palpitaciones en el cráneo por el lado del ojo herido.

Miró dificultosamente a los hombres inclinados sobre él. Una especie de bruma emborronaba los perfiles dificultando su visión. Ann así, pudo reconocer la faz angulosa y fría de Janos Dubek, el mercenario. A su lado, un nativo con uniforme de general, y un asiático de pelo negro y grasiento, rostro redondo de oblicuos ojos y vestido impecablemente de blanco, con un emblema de oro prendido en su solapa. Recordó fotografías publicadas en toda la prensa mundial. Era el propio príncipe Sanaka, el jefe de Estado de Banakur en la actualidad.

Intentó moverse. No le fue posible. Estaba esposado con sus dos brazos en cruz, a una pesada cama metálica. También unas esposas se apretaban a sus tobillos.

—No le va a ser fácil escabullirse esta vez —sonrió Dubek untuosamente—. Sus amigos americanos pudieron evadirse, no sé por dónde aún. Pero daremos con ellos también. Usted va a encargarse de ello.

—No pienso hablar —dijo Ralph Davis secamente.

—¿De veras? —rió Dubek—. ¿Está tan seguro de ello porque se cree a salvo del dolor físico? Su ojo herido le ha demostrado que no es así.

—¿Por qué no me remataron en aquella azotea? —replicó Ralph—. Se evitarían trabajo. No van a sacarme ni una sola palabra.

—Evidentemente, sobrevalora su extraño poder contra las agresiones extremas —suspiró Dubek con aire sardónico—. Ahora ya sabemos qué clase de coraza protectora es la suya. Cometimos un

error pensando que no la llevaba consigo.

—¿Quién podía imaginar que fuese su propia piel esa coraza? —murmuró en un inglés melifluo el príncipe Sanaka, encogiéndose de hombros—. Es una especie de prodigio sobrehumano, mi querido Dubek.

—Cierto, alteza —sonrió el mercenario con un destello maligno en sus verdes ojos—. Casi un milagro biológico. Posee una piel acorazada, invulnerable. Pero tiene un punto débil, un talón de Aquiles: sus ojos. Ya lo hemos comprobado. Una leve herida ocular ha podido vencerle. Sabemos ahora que este hombre puede ser reducido a la total incapacidad por el mismo procedimiento que los filisteos utilizaron con Sansón, la ceguera...

Davis se estremeció. Su único ojo ileso se clavó en Dubek con angustia. El mercenario apátrida se echó a reír burlonamente.

—Sí, señor Davis —dijo, risueño—. Ya ve que sencillo: su rara facultad, digna de un héroe de *cómic* americano, no va a servirle de nada. Cuando esté ciego, no servirá de mucho su invulnerable epidermis. ¿Prefiere revelarnos el secreto de esa invulnerabilidad biológica, a cambio de conservar su preciado don de la vista?

—Imposible —jadeó Davis—. No se lo creerían nunca. No puedo revelarles nada que les sea útil. Soy un caso único, aislado. No creo que el hecho pueda repetirse, ni siquiera intencionadamente.

—Eso déjelo a nuestro cuidado. Poseemos aliados con alta tecnología que nada tiene que envidiar a la de su país. No sólo puede salvar sus ojos, sino su vida y su libertad. Le dejaremos ir, siempre que nos revele el secreto de su condición de invencible.

—Ya se lo dije, Dubek, No iban a creerlo. Además, no hay tal secreto técnico ni científico. Es una alteración genética, un fallo biológico, simplemente.

—Está mintiendo —se endureció la voz de Dubek; el apátrida se inclinó hacia él con expresión malévola—. Por última vez, Davis: su secreto a cambio de sus ojos. Elija.

—No tengo elección —suspiró Ralph, resignado—. Ciégume, si eso le complace. No puedo decirle nada.

—Lo veremos. No se le puede inyectar nada, porque no hay aguja hipodérmica que penetre en su piel. Sin embargo, le administraré pentotal sódico por otros medios, para que hable toda la verdad. Si eso falla, tengo una idea para matarle y cegarle a la

vez, pese a su invulnerabilidad.

—Supongo que no va a serle nada difícil, después de todo —comentó amargamente Davis, sacudiendo la cabeza—. Le bastará un veneno. Mi piel puede ser invencible, pero mi organismo no creo que soporte un tóxico mortal.

—Eso nunca se sabe. Es posible que ese fenómeno no se limite a su piel, según opinan nuestros biólogos. Mi plan es mucho más seguro y eficaz: inyectaré en sus ojos algo que destruirá su córnea y su nervio óptico. Pero a la vez, inyectaremos un corrosivo o un explosivo en sus órbitas oculares. Cuando actúen, llegarán a su cerebro, destruyéndolo, total o parcialmente.

—Eso es monstruoso —jadeó Davis—. Una infamia sin nombre, Dubek...

—Está en su mano evitar que se lleve a cabo —rió el mercenario—. Denos el secreto que puede convertir en invulnerables a nuestros hombres, a mí mismo. A cambio de eso, será libre y no perderá la visión.

—No hay trato —rechazó Davis—. En primer lugar, no puede haberlo. Insisto en que no existe tal secreto para vender. Por otro lado... no me fiaría en absoluto de usted, Dubek. Sé lo que puede esperarse de una rata vil y repugnante como usted, incapaz de un solo sentimiento humano, sin conciencia, dignidad ni honor.

—¡Puerco americano! —rugió Dubek, golpeando rabiosamente con sus puños el rostro de Davis. Al notar que éste no podía sentir dolor por la naturaleza anómala en su piel, se inclinó sobre su prisionero y le clavó el pulgar en el ojo sano, rabiosamente.

Ralph aulló de dolor, sintiéndose virtualmente ciego por unos momentos. El propio príncipe Sanaka advirtió a su esbirro con voz suave pero autoritaria:

—Cuidado, Dubek. Será mejor que no se deje llevar por la ira. El americano puede sernos muy útil, si es que nos dice la verdad sobre su rara facultad actual...

Dubek, muy a tiempo, se echó atrás. Ralph mantuvo su párpado cerrado, sintiendo unas dolorosas sacudidas en su ojo dañado, pero al entreabrir el párpado notó que, pese a la lacerante sensación, podía ver, si bien no con mucha nitidez.

—Perdonad, Alteza —se disculpó el mercenario con un jadeo—. Debo serenarme. Este hombre confesará, si realmente existe un

secreto que convierta a los humanos en invulnerables, os lo prometo.

—Está bien, Dubek —replicó el príncipe—. Pero también quiero cuanto antes en mi poder de nuevo a esos rehenes americanos. Si en los Estados Unidos llegan a conocer el emplazamiento e importancia de nuestras minas de uranio, podrían enviar bombarderos para destruirlas o sabotear las instalaciones antes de ser productivas. Esa gente no debe salir de Banakur bajo ningún concepto...

—No os preocupéis, Alteza —respondió gravemente Dubek—. Esos evadidos no irán muy lejos, estén donde estén ahora. De eso me encargo yo. Ahora, lleven a este americano a las dependencias de Seguridad. Prepararemos el tratamiento a base de pentotal sódico y de torturas en los ojos de forma escalonada, hasta que la droga o el dolor le hagan confesar...

Ralph Davis dominó un estremecimiento de horror ante la pesadilla que le esperaba. Sabía que un ser como Dubek sería capaz de los más refinados y crueles métodos de tortura en su único punto débil, los ojos, antes de cegarle totalmente. Y todo, por conocer un secreto imposible: la causa de la invulnerabilidad física de su cuerpo. Algo que tal vez nunca más se repetiría en la historia del mundo.

Pero la verdad, nunca la admitiría el cruel y despiadado mercenario de Banakur.

Todd Miller y Sharon Stowell cambiaron una larga mirada sombría.

—No podemos marcharnos sin él —dijo la morena joven con voz profunda.

—Lo sé —asintió el joven diplomático—. A él le debemos todo lo conseguido...

—Dios mío... —suspiró la señora Forbes, abrazada a su esposo—. Tener tan cerca la esperanza de salvación... y no poder hacer nada por aprovecharla.

—Muchos de ustedes serán evacuados en cuanto dispongamos de una embarcación que pueda burlar el bloqueo naval —aseguró Miller—, pero yo pienso quedarme hasta que ese hombre esté con nosotros.

—Yo también —aseguró Sharon con firmeza.

Varios de los presentes en la gruta asomada a la larga y desierta

playa cuyas arenas lamían las aguas del Mar de China Meridional, se unieron en su decisión a los dos jóvenes, confirmando que no abandonarían Banakur hasta rescatar a Ralph Davis.

—Es lo menos que le debemos a ese hombre —declaró Sharon con energía—. Nos salvó a todos. Sin él, continuaríamos en el hotel Hilton... o estaríamos ya en una fosa común, tras el fusilamiento.

—Si es preciso, también mi esposo y yo nos quedaremos —afirmó la señora Forbes—. Pero ¿creen posible que ese joven corra peligro? Todos vimos como rechazaba las balas y granadas incluso con su cabeza... Era increíble. Como si fuese un superhombre.

—Ignoro cuál es el secreto de esa capacidad suya, pero ciertamente no parecía llevar ningún chaleco antibalas ni nada parecido —admitió Miller—. Además, también su cráneo rechazaba las municiones enemigas:... La verdad es que resulta difícil creerlo, pero era así. De todos modos, cayó en poder de esa gente. Eso significa que no es tan invencible como parece. Y que tal vez ahora corra grave riesgo o esté muerto ya. Un ser como Dubek es capaz de todo, y más con la ira que le habrá provocado nuestra evasión.

—Pero ¿qué podemos hacer por él? —gimió el embajador—. Si volvemos a Yakung, seguro que todos seremos víctimas de Dubek, sin ayudar en nada a ese hombre...

—Ya lo he pensado —afirmó Sharon, pensativa—. De todos modos, esta noche, cuando oscurezca, pienso regresara la capital.

—Y yo con usted —aseguró Miller—. Tenemos que intentar algo, lo que sea. Cualquier cosa, menos dejar a Davis en poder de esa gente, pero la mayoría permanecerá aquí, a la espera de una ocasión favorable para huir del país. Creo que con tres o cuatro seremos suficientes. Si no podemos hacer nada, nadie lo hará. Pero piensen los que vengan con la señorita Stowell y conmigo que puede ser una misión desesperada... sin regreso.

Aun así, todos se ofrecieron para formar parte del grupo. Miller eligió a dos de entre los voluntarios. Y se dispusieron a planear algo efectivo, mientras llegaba de nuevo la oscuridad.

Frente a ellos, en alta mar, embarcaciones nativas y algunas unidades de guerra de un país aliado de Banakur, navegaban formando cerco en torno al país asiático. Evidentemente, todavía no era cosa hecha la evasión, al menos mientras los servicios de Inteligencia de los Estados Unidos no tuvieran noticias de los

hechos y enviasen un submarino para recogerles.

Pero de momento, allí no era fácil que fuesen descubiertos los evadidos, puesto que la galería subterránea formada por una red inextricable de viejas cavernas desde la capital a la costa, todavía era un enigma para los hombres de Janos Dubek.

Todo parecía a punto en las dependencias de la siniestra oficina de Seguridad del Estado de Banakur por el apátrida Dubek.

El pentotal sódico iba a serle administrado a Ralph Davis por medio que aún desconocía, a la espera de que el llamado «suero de la verdad» diese resultados positivos. Pero si no era así, sutiles y refinados instrumentos de tortura para dañar paulatinamente sus ojos hasta la ceguera, aguardaban en una mesa en otra dependencia anexa, bajo un potente foco de luz blanca vertical.

Los hombres de Dubek, expertos en tales procedimientos, aguardaban órdenes de su jefe. Ralph, tendido en una camilla provista de ruedas, fue conducido primero a la estancia donde sería sometido al efecto del pentotal.

Dubek aún no había llegado para hacerse cargo del interrogatorio de su prisionero. Tres hombres orientales en bata blanca, aguardaban, imperturbables, la llegada del que debía darles las órdenes oportunas. En otro punto de la estancia ayudando a preparar los útiles, se hallaba Priscilla Ward, fría y distante, sin mirar siquiera al cautivo.

Ralph la contemplaba desde su emplazamiento, preguntándose cómo era posible que una muchacha joven, hermosa e inteligente, una periodista canadiense, pudiera haberse vendido a los tiranos de Banakur, por la razón que fuese.

Sonó un teléfono. Su timbrazo sobresaltó a Davis. Su ojo ileso se clavó en la periodista, que atendió a la llamada. Sonrió, asintiendo. Y se dirigió a los tres orientales.

—Es el jefe —dijo escuetamente—. Llegará dentro de diez minutos. Vayan a disponer todo en la sala de tortura, por si falla el pentotal. Usted quédese aquí conmigo, doctor Wang. Nos ocuparemos del prisionero.

—Sí, señorita —afirmó melifluamente el aludido, con una cortés reverencia.

Los otros dos salieron de la estancia, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí.

Ralph contempló al doctor, inclinado sobre la mesa su rostro de inexpresiva máscara oriental, mientras preparaba la solución sódica para tratarle inmediatamente.

Priscilla Ward se movió suavemente por la estancia. Había sobre una mesa cercana una serie de armas automáticas en sus fundas de cuero negro. Ralph recordaba haberlas visto poco antes en la cintura de los médicos nativos, puesto que todos éstos pertenecían al Ejército. Dos subfusiles de moderna factura colgaban de unos clavos en el muro. No eran armas vulgares ni convencionales. Ralph las identificó por sus clases intensivas con la CIA, al convertirse en agente especial.

Eran metralletas ligeras, parecidas a pistolas con una prolongación en cañón y culata y una amplia recámara, RR4, calibre 340. Un arma ilegal en muchos países, propia de grupos terroristas. Capaz de disparar cien balas en escasos segundos.

Priscilla llegó junto a las dos metralletas. Las tomó en una mano con naturalidad absoluta. Con la otra, la diestra, extrajo una pistola automática de una funda. Se acercó al doctor Wang a su espalda.

Le bastó bajar de golpe la culata bajo su cráneo. Sonó un golpe seco. El médico militar banukano se encogió, cayendo pesadamente a pies de ella. Ni siquiera debió saber lo que sucedía. Ralph, perplejo, clavó sus ojos en la joven periodista traidora.

—Deprisa —dijo ella roncamente, corriendo a su lado—. Tenemos poco tiempo, Davis.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ralph—. ¿Otro de sus truquitos para sacarme la verdad a su modo?

—No sea tonto. No tenemos ocasión de discutirlo ahora. Tuve que entregarle, compréndalo. Ellos sabían ya quién era usted. Yo debía demostrar mi lealtad a Dubek de alguna forma para ganarme su confianza.

—Pero usted trabaja para ellos...

—Aparentemente, sí. En realidad, trabajo para los mismos que usted —sonrió ella—. Y acabemos la charla. Tenemos sólo cinco o seis minutos por delante, Davis.

Extrajo de sus ropas unas llaves. Abrió las esposas, soltando a Ralph. Luego le entregó la pistola automática con que tumbara a Wang, y también una de las poderosas y livianas metralletas. Ella se quedó la otra y recogió una segunda pistola de la mesa.

Así armada, ayudó a Ralph a ponerse en pie. Éste notó un leve mareo al incorporarse, pero lo dominó. Miró a la canadiense con una mezcla de asombro y duda.

—Quizás diga la verdad, señorita Ward —dijo roncamente—. Pero sigo sin ver claro su papel en todo esto. De todos modos, gracias. Espero que esta vez sí pueda fiarme de usted... ¿Qué hacemos ahora? Porque supongo que esto son las mazmorras de la Oficina de Seguridad del Estado...

—Así es. Dubek llegará en cinco minutos, aproximadamente. Si subimos, nos cruzaremos con sus hombres, armados hasta los dientes. Hay otra salida, sin embargo, mucho más aconsejable.

—¿Cuál?

—Las cloacas de este edificio. Van a parar a unos cercanos suburbios, a un colector situado no lejos de la jungla que separa la ciudad de la costa. Es un camino infecto, lleno de ratas y hedores, pero vale la pena intentarlo...

—Por supuesto —asintió Ralph—. Pero si espera que la lleve hasta dónde están los rehenes liberados, tendré que estar mucho más seguro de su honestidad y buena fe.

—Lo creo —sonrió ella—. No, no le pido tanto todavía. Siga dejando a los rehenes donde estén. Ya sabrá en su momento que puede confiar en mí, Davis. Ahora, en marcha. Yo le guiaré.

Abandonaron la mazmorra donde aguardaba a Ralph la tortura. Por un corredor lóbrego, mal alumbrado, le llevó hasta el acceso a un sótano y, desde éste, a un conducto subterráneo maloliente, que circulaba bajo los cimientos del edificio.

No vieron a nadie en el camino. Por las aguas, sucias y fétidas, repletas de grandes ratas grises, se movieron hacia una dirección previamente elegida por Priscilla. Minutos más tarde, en algún punto sobre sus cabezas, se captaron aullidos de sirenas, disparos y rodar de vehículos. Ella apretó su brazo significativamente.

—Ya han descubierto su fuga. Y mi traición, por supuesto. A menos que crean que usted se evadió solo y me llevó de rehén. Pero Dubek no es tan ingenuo como para creer eso.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Los mares están vigilados por la flota de este país y la de sus principales aliados. Sólo un submarino americano puede sacarnos de aquí. A nosotros... y a los rehenes, naturalmente. En cuanto a la

ciudad, estará ya acordonada, pero no debe temer nada por ese lado. Nadie pensará en las cloacas hasta que sea demasiado tarde para evitar que dejemos atrás la ciudad de Yakung.

—¿Y después?

—No lo sé, la verdad —confesó ella con un suspiro—. Que Dios nos ayude, Davis. He jugado mi última baza para ayudarlo. No podía permitir que le dejaran ciego. Ése era el propósito de Dubek, hiciera usted lo que hiciera.

—Lo imaginaba. Existe un medio de avisar a la CIA para que nos ayude.

—¿Cuál es?

—Lo sabrá a su debido tiempo —sonrió Davis—. No es desconfianza, señorita Ward. Sólo que aún no sé si resultará...

—Tiene que resultar, Davis —dijo ella con energía—. O no saldremos nunca con vida de este país... ni los yacimientos de uranio serán destruidos antes de pasar a manos de quienes pueden convertirlo en fuente de energía para bombas nucleares que provoquen el caos en el Sudeste asiático...

—De sobra lo sé —manifestó gravemente Davis—. Sí, lo sé muy bien, amiga mía. Por eso confío en que todo salga bien...

CAPÍTULO IX

Todd Miller y Sharon Stowell cambiaron una mirada.

—Cielos, esto es un manicomio —jadeó el muchacho, escudriñando desde la rendija de una ventana del viejo edificio cercano al Hilton la presencia de cientos de soldados en las calles, de controles, tanques, proyectores de potente luz asestados por doquier y helicópteros sobrevolando las casas—. ¿Qué puede haber sucedido aquí?

—Sospecho que nuestro amigo escapó —sonrió ella, esperanzada—. Eso explicaría todo este lío.

—Sin duda —afirmó Miller gravemente—. Pero habrá que asegurarse de ello.

—¿Cómo?

—Del modo más simple. Hay un soldado en la puerta de este edificio...

—Miller, ¿qué piensa hacer? —se alarmó ella.

—Déjeme hacer. No hay otro medio de salir de dudas...

El joven se aproximó a la puerta del edificio. La entreabrió sigilosamente. El soldado de guardia le daba la espalda. Enarboló el único objeto contundente que había podido obtener en la playa: una gruesa piedra alargada. La descargó con fuerza sobre la nuca del militar. Éste comenzó a caer, sin un quejido. Lo tomó en brazos, rápido, y lo introdujo en la casa. Cerró luego con cautela. Sharon se aproximó a él.

—Si lo descubren, estamos perdidos —jadeó.

—Es posible —Miller le quitó al soldado el subfusil, con el que se quedó, entregando la pistola y el machete a su compañera—. Pero ahora podemos morir matando. Ya es algo, ¿no?

Ella asintió, sonriendo también ampliamente, con renovada decisión. Miller reanimó al inconsciente soldado. Luego le puso el cañón del subfusil contra el mentón. Al abrir sus ojos, el nativo

mostró su terror. Miller le dijo fríamente:

—Habla o te mato, maldito mono amarillo. ¿Qué ocurre en la ciudad? ¿Por qué todo ese movimiento? ¡Vamos, desembucha lo que sea, porque estoy deseando volarte tu despreciable cabeza de simio!

El gesto del joven diplomático era realmente amenazador. El soldado, amedrentado, se apresuró a informar con voz ronca, mirándole con los ojos desorbitados:

—El americano... Ese hombre al que no hacen daño las balas...

—¿Ralph Davis? Sí, adelante. ¿Qué hay con él, malditos seáis todos? ¡Habla!

—Escapó... Iban a interrogarle cuando escapó... Dicen que una mujer extranjera le ha ayudado... Estamos buscándole... Toda la ciudad está acordonada...

—Vaya —resopló Miller, aliviado—. Es la mejor noticia que he oído últimamente. Está bien, por esta vez salvarás tu vida, cara de limón.

Le pegó con el cañón del arma en la cabeza, dejándole inconsciente. Rápido procedió a ligarle con sus correas y tiras de ropa del propio uniforme del nativo. Satisfecho, tomó a Sharon de una mano e indicó en voz baja:

—Vamos, hay que salir pronto de aquí y reunirse con los demás. Luego pensaremos algo para intentar ayudar a nuestro amigo a que se reúna con nosotros de alguna forma... Maldita sea, sólo nos haría falta comunicarnos con los Estados Unidos de alguna forma, pero ¿cómo hacerlo, si ni siquiera tenemos a mano una emisora de radio?

Los dos jóvenes se deslizaron rápidamente hacia el acceso a las galerías subterráneas, para reunirse cuanto antes con el resto de los rehenes. En la ciudad, continuaba la barahúnda provocada por la evasión de Ralph Davis y la periodista canadiense.

Lo habían conseguido.

El largo colector procedente de las cloacas del Ministerio del Interior, asomaba a la noche y a la jungla, en una zona suburbana y silenciosa de Yakung. Viejas chozas y establos se hallaban dispersos por doquier. No lejos de allí, se extendían unos arrozales al oeste, y ante ellos, un denso espesor verde y lujurioso, les mostraba el camino idóneo para eludir el cerco militar de los que gobernaban

Banakur.

—Si alguien nos ve ahora, estamos perdidos —susurró Ralph, desconfiado.

—No lo crea —sonrió Priscilla en la oscuridad—. Éste es el pueblo de Banakur. La gente no está con el gobierno del príncipe Sanaka. Odian el sistema establecido. Aunque nos vean escapar, nadie dirá nada en estos barrios populares, esté seguro.

Cruzaron por el suburbio sin que sucediera nada, pisando el suelo húmedo, fangoso, por entre cañaverales, casuchas miserables y corrales donde se agitaban las gallinas, asustadas por su presencia. Unos perros ladraron en alguna parte, pero Ralph no vio a ser viviente alguno, ni tan siquiera una luz en las cercanías.

—A estas horas, todo el mundo sabe que hemos escapado de las garras de Dubek —susurró ella, sin dejar de caminar junto a Davis—. Pero nadie se interpondrá aquí entre nosotros y la libertad, ya se lo dije. Prefieren fingir ignorancia y no asomar fuera de sus casas.

Alcanzaron la espesura, lanzándose a su interior resueltamente. Ambos sabían que la selva era su única esperanza de evasión del cerco de Dubek. En la distancia, eran audibles las sirenas y los motores de vehículos de tierra y aire, en su busca.

Durante toda la noche se movieron por la jungla, salvo cosa de dos o tres horas que dedicaron al descanso, en lo alto de un frondoso árbol de grueso tronco. Antes del amanecer iniciaron de nuevo la marcha. Sabían que la luz diurna era su mayor riesgo.

—Dijo usted que podía intentar comunicarse con los norteamericanos... —le recordó Priscilla en voz baja.

—Cierto. Pero éste es un mal sitio para ello —asintió Ralph—. Estos altos árboles y el espesor que nos rodea, dificultará la comunicación, puesto que carecemos de antena adecuada. Es mejor intentarlo en una elevación, que además posea un claro adecuado.

—Ese punto será peligroso para detenerse.

—Pero no hay otro remedio, amiga mía. Necesitamos pronta ayuda exterior. Nosotros y los rehenes. O nunca saldremos de Banakur.

—Como quiera, Ralph. Pero ¿realmente posee usted medios para intentar esa comunicación?

—Creo que sí —suspiró él—. Depende de que no hayan registrado demasiado a fondo mi persona, la verdad...

Finalmente hallaron el sitio que Davis consideró adecuado para la intentona. Era la elevación de un promontorio boscoso, en plena selva, desde donde era visible ya la línea azul del mar en la distancia. A su alrededor, la espesura dejaba un considerable claro. El sitio podía resultar idóneo, pero ambos sabían también que era sumamente peligroso, dado lo visible del lugar.

Ralph se sentó en tierra, quitándose primero un zapato y luego otro. Priscilla, curiosa, le dejó hacer, arma en mano, escudriñando en todo momento los alrededores y el cielo azul, levemente nuboso, que parecía indicar el final de las lluvias.

Los tacones parecían firmemente sujetos al calzado, pero una serie de acciones de los dedos de Ralph acabaron desprendiéndolos. Su interior reveló una serie de circuitos electrónicos y cables, en torno a un completo cuadro de micro transistores.

—Cielos, si llegan a sospecharlo en las mazmorras de seguridad... —jadeó ella.

—Por eso están firmemente sujetos y resulta difícil desprenderlos. De todos modos, hubo suerte —suspiró Davis, encajando un tacón en el otro mediante un sistema de rosca—. Ya tenemos lista la micro-emisora. Es potente, pese a su pequeñez, porque es una copia de ciertas emisoras utilizadas en vuelos espaciales. Confíemos en que resulte...

Y comenzó a transmitir, aunque sabía que la carencia de una antena adecuada, iba a hacer mucho más débil el mensaje ya previsto, que alguna unidad naval norteamericana, cerca de la costa de Banakur, captaría si estaba a la escucha, conforme a los planes previstos anteriormente en Washington. Al menos, eso esperaba Ralph fervorosamente.

Terminaba la transmisión, por segunda vez, en previsión de inconvenientes, cuando Priscilla gritó roncamente, señalando al cielo:

—¡Cuidado, Ralph! ¡Allí! ¡Nos han descubierto! ¡Creo que captaron tu emisora...!

Era cierto. Un helicóptero militar, del gobierno de Banakur, se precipitaba hacia el claro, zumbando como un enorme insecto de metal, tras emerger sobre las altas copas de los árboles. A bordo, crepitaron armas de fuego. Escupitajos llameantes hicieron rebotar las balas en el claro. Priscilla echó a correr, protegida por Davis,

que recibió algunos impactos de bala en su espalda.

La joven giró la cabeza, valerosamente, deteniéndose un instante y abriendo fuego con su metralleta especial contra el helicóptero. Ralph trató de tirar de ella o, al menos, cubrirla con su invencible cuerpo, pero la joven se mantuvo firme, haciendo rugir a velocidad increíble su poderosa arma automática.

Una bala de la tripulación del helicóptero la alcanzó, pese a los esfuerzos de Ralph por evitarlo. Notó su espasmo, y la joven cayó a sus pies, sangrando repentinamente por el hombro izquierdo.

Furioso, Ralph se revolvió sobre el helicóptero que se les venía encima. Apretó el gatillo, imperturbable, acribillando el fuselaje del aparato. Una granada lanzada por el vehículo aéreo, reventó en sus pies. Cerró el ojo descubierto, eludiendo cualquier impacto de metralla. Su cuerpo se agitó en medio de la explosión, sin conmoverse. Su metralleta rugió de nuevo, enfocada hacia la cabina del helicóptero.

Esta vez fue definitivo. El aparato reventó en medio de una bola de fuego devastadora, por encima de sus cabezas. Rápido, Ralph se arrojó al suelo, encima de Priscilla, protegiéndola totalmente de los impactos de hierros retorcidos y pavesas encendidas. Todo ello golpeó su cuerpo y cabeza, sin que nada sucediera.

Cuando se separó de Priscilla Ward, todo había terminado. Los restos ennegrecidos del helicóptero aparecían dispersos en una amplia zona del claro selvático.

—Vamos, hay que salir de aquí —jadeó, examinando la herida de su compañera—. Por fortuna, la bala tiene orificio de entrada y salida. Espero detener la hemorragia...

Aplicó a la herida jirones de su propia camisa, apretando el vendaje. Luego cargó fácilmente con la muchacha, y corrió hacia la espesura, en dirección al mar. Ella le miró con cálida gratitud, emocionados sus ojos húmedos.

—Gracias, Ralph —musitó—. Te debo la vida... Si pudiera convencerte alguna vez de que mi doble juego en Banakur me obligó a fingir una traición... Si confiaras en mí...

—Confío ya en ti, Priscilla —sonrió él, sin dejar de correr—. No sufras por eso.

Ella respiró con alivio, apoyando su cabecita rubia en el pecho de Davis.

Se adentraron en la jungla. Ralph se orientó adecuadamente, en busca del litoral, lo más cerca posible del lugar donde dejara a sus amigos rescatados. No disponía de brújula ni de sistema de orientación, salvo su propio instinto. Pero confiaba en él.

Y su fe tuvo recompensa. Pese a los helicópteros que sobrevolaban ya la zona donde reventara el anterior, dieron alcance a la larga playa ante el Mar de China.

En la distancia, una hora más tarde, avistaba a algunos de los rehenes ocultos en la cueva costera. Ellos corrieron a su encuentro para ayudarles.

Pero todos sabían que el cerco en torno suyo se iba estrechando. Unidades ligeras navales de Banakur patrullaban de cerca la costa, en busca de ellos. Era cuestión de tiempo ser localizados. Si no había llegado el mensaje, estaban perdidos...

A mediodía, aparecieron las unidades navales norteamericanas en la distancia. Un enorme portaaviones lanzó una oleada de aparatos ligeros, sobrevolando el litoral y batiéndolo con bombas y fuego de ametralladoras. Un submarino emergió a poca distancia de la playa, cubierto por ese fuego graneado.

Habían captado el mensaje emitido por Ralph Davis.

Los rehenes y su salvador corrieron hacia la orilla. Una lancha protegida por el fuego aéreo y el de varias unidades navales de refuerzo, se aproximó a la costa. Saltaron a ella, iniciando el regreso al submarino, el retomo ansiado a casa...

—Gracias, amigo Davis —dijo el embajador Forbes, emocionado—. Usted nos ha salvado la vida a todos. Nunca lo olvidare...

—Yo no —sonrió Ralph, contemplando cómo se distanciaba la costa por momentos—. En todo caso, un extraño fenómeno de la naturaleza que nadie se explicase paró. Su cuerpo se contrajo en un súbito espasmo doloroso. La sangre escapó de su brazo, cerca del hombro derecho. Atónito, contempló la herida. Una bala enemiga le había alcanzado. Priscilla le empujó al fondo de la canoa, rápida.

—Dios, estás herido —murmuró ella—. ¡Y yo que creí que eras invulnerable, Ralph...!

Davis sonrió forzado, contemplando la sangre que surgía de su agujereada piel, sin saber si se lamentaba por ello o le causaba alegría.

—Yo también llegué a pensarlo —murmuró—. No sé si es mejor

así... Después de todo, es mejor seguir siendo un ser humano normal que un fenómeno de feria... Aunque tampoco puedo estar seguro de que mis facultades me hayan abandonado ya definitivamente... o sólo de un modo temporal. Veremos, Priscilla, veremos...

Y la atrajo hacia sí, sonriente, besando sus labios. Había perdido a una mujer en los Estados Unidos, por culpa de su rara facultad, ya perdida al parecer. Ahora creía recuperar otra, que había luchado junto a él hasta el último momento. La joven canadiense, sonriendo, le devolvió el beso con intensidad.

—De todos modos, te prefiero así —suspiró—. Si alguien ha de seguir siendo espía, que sea yo solamente, Ralph querido...

—No, no —rechazó Ralph—. O los dos... o ninguno. Eso, si quieres ser la señora Davis.

—De acuerdo, cariño. Quiero ser la señora Davis. Pero el resto lo discutiremos cuando estemos de vuelta en los Estados Unidos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo en todo —sonrió Ralph—. No vamos a empezar nuestro noviazgo con una discusión, ¿verdad?

Los rehenes sonrieron. La canoa alcanzaba ya el submarino. Subieron a él. La nave se sumergió rápidamente.

Y se inició el viaje de regreso a casa. Banakur y su infierno quedaban atrás.

Cuando sus enormes reservas de uranio fuesen destruidas para evitar semejante riqueza nuclear en manos tan peligrosas, Ralph Davis sabría que el caso habría terminado realmente para el periodista que se convirtió en espía. Y también para muchas otras personas cuyos destinos dependían del éxito que su misión había conseguido al fin...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

